

La tempestad

William Shakespeare



FUNDACIÓN
Carlos Slim

La tempestad

Shakespeare, William

Teatro

Se reconocen los derechos morales de Shakespeare, William.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Personajes

- ALONSO, rey de Nápoles
- SEBASTIÁN, su hermano
- PRÓSPERO, el legítimo Duque de Milán
- ANTONIO, su hermano, usurpador del ducado de Milán
- FERNANDO, hijo del rey de Nápoles
- GONZALO, viejo y honrado consejero

Nobles

- ADRIÁN
- FRANCISCO
- CALIBÁN, esclavo salvaje y deforme
- TRÍNCULO, bufón
- ESTEBAN, despensero borracho
- EL CAPITÁN del barco
- EL CONTRAMAESTRE
- MARINEROS
- MIRANDA, hija de Próspero
- ARIEL, espíritu del aire

Espíritus Ninfas

- IRIS
- CERES
- JUNO
- Segadores

Escena: una isla deshabitada.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

En el barco.

(Se oye un fragor de tormenta, con rayos y truenos. Entran un Capitán y un Contramaestre.)

CAPITÁN.—¡Contramaestre!

CONTRAMAESTRE.—¡Aquí, capitán! ¿Todo bien?

CAPITÁN.—¡Amigo, llama a la marinería! ¡Date prisa o encallamos! ¡Corre, corre!
(Sale.)

(Entran los marineros.)

CONTRAMAESTRE.—¡Ánimo, muchachos! ¡Vamos, valor, muchachos! ¡Deprisa, deprisa! ¡Arriad la gavia! ¡Y atentos al silbato del capitán! ¡Vientos, mientras haya mar abierta, reventad soplando!

(Entran Alonso, Sebastián, Antonio, Fernando, Gonzalo y otros.)

ALONSO.—Con cuidado, amigo. ¿Dónde está el capitán? (A los marineros.)
¡Portaos como hombres!

CONTRAMAESTRE.—Os lo ruego, quedaos abajo.

ANTONIO.—Contramaestre, ¿y el capitán?

CONTRAMAESTRE.—¿No le oís? Estáis estorbando. Volved al camarote. Ayudáis a la tormenta.

GONZALO.—Cálmate, amigo.

CONTRAMAESTRE.—Cuando se calme la mar. ¡Fuera! ¿Qué le importa el título de rey al fiero oleaje? ¡Al camarote, silencio! ¡No molestéis!

GONZALO.—Amigo, recuerda a quién llevas a bordo.

CONTRAMAESTRE.—A nadie a quien quiera más que a mí. Vos sois consejero: si podéis acallar los elementos y devolvernos la bonanza, no moveremos más cabos. Imponed vuestra autoridad. Si no podéis, dad gracias por haber vivido tanto y, por si

acaso, preparaos para cualquier desgracia en vuestro camarote. ¡Ánimo, muchachos! ¡Quitaos de en medio, vamos! (Sale.)

GONZALO.—Este tipo me da ánimos. Con ese aire patibulario, no creo que naciera para ahogarse. Buen Destino, persiste en ahorcarle, y que la soga que le espera sea nuestra amarra, pues la nuestra no nos sirve. Si no nació para la horca, estamos perdidos. (Salen.)

(Entra el Contramaestre.)

CONTRAMAESTRE.—¡Calad el mastelero! ¡Rápido! ¡Más abajo, más abajo! ¡Capead con la mayor! (Gritos dentro.) ¡Malditos lamentos! ¡Se oyen más que la tormenta o nuestro ruido! (Entran Sebastián, Antonio y Gonzalo.) ¿Otra vez? ¿Qué hacéis aquí? ¿Lo dejamos todo y nos ahogamos? ¿Queréis que nos hundamos?

SEBASTIÁN.—¡Mala peste a tu lengua, perro gritón, blasfemo, desalmado!

CONTRAMAESTRE.—Entonces trabajad vos.

ANTONIO.—¡Que te cuelguen, perro cabrón, escandaloso, insolente! Tenemos menos miedo que tú de ahogarnos.

GONZALO.—Seguro que él no se ahoga, aunque el barco fuera una cáscara de nuez e hiciera aguas como una incontinente.

CONTRAMAESTRE.—¡Ceñid el viento, ceñid! ¡Ahora con las dos velas! ¡Mar adentro, mar adentro! (Entran los marineros, mojados.)

MARINEROS.—¡Es el fin! ¡A rezar, a rezar! ¡Es el fin! (Salen.)

CONTRAMAESTRE.—¿Vamos a quedar secos?

GONZALO.—¡El rey y el príncipe rezan! Vamos con ellos: nuestra suerte es la suya.

SEBASTIÁN.—Estoy indignado.

ANTONIO.—Estos borrachos nos roban la vida. ¡Y este infame bocazas...! ¡A la horca, y que te aneguen diez mareas! (Sale el Contramaestre.)

GONZALO.—Irá a la horca, por más que lo desmienta cada gota de agua y se abra el mar para tragárselo. (Clamor confuso dentro.)

(VOCES.).—¡Misericordia! ¡Naufragamos, naufragamos! ¡Adiós, mujer, hijos! ¡Adiós, hermano! ¡Naufragamos, naufragamos!

ANTONIO.—Hundámonos con el rey.

SEBASTIÁN.—Vamos a decirle adiós. (Sale con Antonio.)

GONZALO.—Ahora daría yo mil acres de mar por un trozo de páramo, con brezos, matorrales, lo que sea. Hágase la voluntad de Dios, pero yo preferiría morir en seco. (Sale.)

ESCENA II

En la isla.

(Entran Próspero y Miranda.)

MIRANDA.—Si con tu magia, amado padre, has levantado este fiero oleaje, calma las aguas. Parece que las nubes quieren arrojar fétida brea, y que el mar, por extinguirla, sube al cielo. ¡Ah, cómo he sufrido con los que he visto sufrir! ¡Una hermosa nave, que sin duda llevaba gente noble, hecha pedazos! ¡Ah, sus clamores me herían el corazón! Pobres almas, perecieron. Si yo hubiera sido algún dios poderoso, habría hundido el mar en la tierra antes que permitir que se tragase ese buen barco con su carga de almas.

PRÓSPERO.—Serénate. Cese tu espanto. Dile a tu apenado corazón que no ha habido ningún mal.

MIRANDA.—¡Ah, desgracia!

PRÓSPERO.—No ha habido mal. Yo sólo he obrado por tu bien, querida mía, por tu bien, hija, que ignoras quién eres y nada sabes de mi origen, ni que soy bastante más que Próspero, morador de pobre cueva y humilde padre tuyo.

MIRANDA.—De saber más nunca tuve pensamiento.

PRÓSPERO.—Hora es de que te informe. Ayúdame a quitarme el manto mágico. Bien. Descansa ahí, magia. Sécate los ojos; no sufras. La terrible escena del naufragio, que ha tocado tus fibras compasivas, la dispuse midiendo mi arte de tal modo que no hubiera peligro para nadie, ni llegasen a perder ningún cabello los hombres que en el barco oías gritar y viste hundirse. Siéntate, pues has de saber más.

MIRANDA.—Cuando ibas a contarme quién soy yo, te parabas y dejabas sin respuesta mis preguntas, concluyendo: «Espera, aún no».

PRÓSPERO.—Llegó la hora. El instante te manda abrir oídos. Obedece y préstame atención. ¿Te acuerdas de antes que viviéramos en esta cueva? Creo que no, porque entonces no tenías más de tres años.

MIRANDA.—Sí me acuerdo, padre.

PRÓSPERO.—¿De qué? ¿De alguna otra casa o persona? Dime una imagen cualquiera que guarde tu recuerdo.

MIRANDA.—La veo muy lejana, y más como un sueño que como un recuerdo del que dé garantía mi memoria. ¿No tenía yo a mi servicio cuatro o cinco damas?

PRÓSPERO.—Sí, Miranda, y más. Pero, ¿cómo es que eso aún vive en tu mente? ¿Qué más ves en el oscuro fondo y abismo del tiempo? Si te acuerdas de antes de llegar aquí, recordarás cómo llegaste.

MIRANDA.—No me acuerdo.

PRÓSPERO.—Hace doce años, Miranda, hace doce años, tu padre era el Duque de Milán, y un poderoso príncipe.

MIRANDA.—¿No eres mi padre?

PRÓSPERO.—Tu madre fue un dechado de virtud y decía que tú eras mi hija; tu padre era Duque de Milán, y su única heredera, princesa no menos noble.

MIRANDA.—¡Santo cielo! ¿Qué perfidia nos hizo salir de allá? ¿O fue una suerte el venir?

PRÓSPERO.—Ambas cosas, hija. Nos expulsó la perfidia, como dices, pero a venir nos ayudó la suerte.

MIRANDA.—¡Ah, se me parte el alma de pensar que te hago recordar aquel dolor que no guarda mi memoria! Mas sigue, padre.

PRÓSPERO.—Mi hermano y tío tuyo, de nombre Antonio (y oirás cómo un hermano puede ser tan pérfido); él, al que después de ti más quería yo en el mundo, y a quien confié el gobierno de mi Estado, el principal en aquel tiempo de entre las Señorías, y Próspero, el gran duque, de elevado renombre por su rango y sin igual en las artes liberales... Siendo ellas mi anhelo, delegué en mi hermano la gobernación y, arrobado por las ciencias ocultas, me volví un extraño a mi país. Tu pérfido tío... ¿Me escuchas?

MIRANDA.—Con toda mi atención.

PRÓSPERO.—... impuesto ya en el uso de otorgar o denegar solicitudes, ascender a éste, frenar al otro en su ambición, volvió a crear a las criaturas que eran mías, cambiando o conformando su lealtad y, marcando el tono de función y funcionario, afinó a su gusto a todos, hasta ser la hiedra que ocultó mi noble tronco sorbiéndole la savia... ¡No me escuchas!

MIRANDA.—¡Sí te escucho, padre!

PRÓSPERO.—Préstame atención. Al descuidar los asuntos del mundo, consagrado al aislamiento y al cultivo de la mente con un arte tan secreto que excedía la apreciación de las gentes, desperté en mi falso hermano un mal instinto, y mi

confianza, que no tenía límites, cual buen padre inversamente generó en él una falsía tan inmensa como fue mi confianza. Llegó a enseñorearse no sólo de mis rentas, sino también de cuanto mi poder le permitía, e igual que quien hace pecar a su memoria contra la verdad al creerse sus mentiras a fuerza de contarlas, creyó ser el duque mismo por haberme reemplazado y ostentar el rostro del dominio con todo privilegio. Creciendo su ambición... ¿Me oyes bien?

MIRANDA.—Padre, tu relato curaría la sordera.

PRÓSPERO.—Para no tener obstáculo entre papel y personaje, querrá ser el propio Duque de Milán. Para mí, ¡pobre!, mi biblioteca era un gran ducado. Me cree incapaz para el gobierno, se alía (tal era su sed de mando) con el rey de Nápoles pagándole tributo, rindiéndole homenaje, entregando la corona ducal a la del rey y sometiendo el ducado, aún sin doblegar, a la más innoble postración.

MIRANDA.—¡Santo cielo!

PRÓSPERO.—Escucha el pacto y sus consecuencias, y dime si obró como un hermano.

MIRANDA.—Pecaría si no pensara noblemente de tu madre: la buena entraña ha dado malos hijos.

PRÓSPERO.—Escucha el pacto. El rey de Nápoles, que siempre fue mi eterno enemigo, atiende el ruego de mi hermano; a saber: que, a cambio del convenio de homenaje y no sé cuánto tributo, arroje del ducado a mí y a los míos sin demora, regalando la hermosa Milán con todos los honores a mi hermano. Así, con tropa desleal ya reclutada, en la noche fatídica abrió Antonio las puertas de Milán y, en la más negra tiniebla, sus esbirros nos sacaron a los dos; a ti, llorando.

MIRANDA.—¡Ay, dolor! No recuerdo cómo lloré entonces y voy a llorar ahora. Lo que ocurrió me arranca el llanto.

PRÓSPERO.—Atiende un poco más y llegaremos a lo que ahora nos concierne, sin lo cual esta historia no vendría al caso.

MIRANDA.—¿Por qué no nos mataron?

PRÓSPERO.—Buena pregunta, muchacha; mi relato la provoca. Hija, no se atrevieron, de tanto como el pueblo me quería y, en vez de mancharse de sangre, les dieron un bello color a sus viles designios. En suma, nos llevaron a un velero a toda prisa y en él varias leguas mar adentro. Allí nos esperaba el casco podrido de un barcucho sin jarcias, ni velas, ni mástil. Hasta las ratas lo habían abandonado por instinto. En él nos lanzaron a llorarle al mar rugiente, a suspirarle al viento, cuya lástima nos hacía un mal amoroso al suspirarnos.

MIRANDA.—¡Ah, qué carga fui yo para ti!

PRÓSPERO.—Tú fuiste el querubín que me salvó. Inspirada de divina fortaleza, sonreías mientras yo cubría el mar de lágrimas salobres y gemía bajo mi pena. Así me diste bríos para afrontar lo que acaeciese.

MIRANDA.—¿Cómo llegamos a tierra?

PRÓSPERO.—Por divina voluntad. Llevábamos algo de comida y un poco de agua dulce que nos dio por caridad Gonzalo, un noble de Nápoles encargado del proyecto, y también ricos trajes, ropa blanca, telas y efectos varios que nos han servido mucho. En su bondad, sabiendo cuánto amaba yo mis libros, me surtió de volúmenes de mi propia biblioteca que yo estimaba en más que mi ducado.

MIRANDA.—¡Ojalá algún día vea a ese hombre!

PRÓSPERO.—Voy a levantarme. Tú sigue sentada y escucha el fin de nuestras penas. Llegamos a esta isla y aquí yo, tu maestro, te he dado una enseñanza que no gozan los príncipes, con horas más ociosas y tutores menos esmerados.

MIRANDA.—Dios te lo premie. Ahora, padre, te lo ruego, pues aún me embarga el alma, dime por qué has desatado esta tormenta.

PRÓSPERO.—Vas a saberlo. Por un extraño azar la pródiga Fortuna, que ahora me acompaña, ha traído hasta aquí a mis enemigos, y por presciencia veo que mi cenit depende de un astro sumamente favorable y que, si no aprovecho su influencia, mi suerte decaerá. Cesen ya tus preguntas. Te duermes. Es benigna soñolencia. Abandónate: no puedes evitarla. (Se duerme Miranda.) ¡Ven aquí, mi siervo, ven! Estoy presto. Acércate, Ariel, ven. (Entra Ariel.)

ARIEL.—¡Salud, gran amo! ¡Mi digno señor, salud! Vengo a cumplir tu deseo, ya sea volar, nadar, lanzarme al fuego, sobre nube ondulante cabalgar. Con tus poderosas órdenes dirige a tu Ariel y sus fuerzas.

PRÓSPERO.—Espíritu, ¿llevaste a cabo fielmente la tempestad que te mandé?

ARIEL.—A la letra. A bordo del navío real, llameaba espanto por la proa, por el puente, por la popa, por todos los camarotes. A veces me dividía, ardiendo por muchos sitios: flameaba en las vergas, el bauprés, el mastelero, y después me unía. El relámpago de Júpiter, heraldo del temible trueno, nunca fue tan raudo e instantáneo. Fuegos y estallidos del sulfúreo alboroto parecían asediar al poderoso Neptuno y hacer que temblasen sus olas altivas, y aun su fiero tridente.

PRÓSPERO.—¡Mi gran espíritu! ¿Quién fue tan firme y constante, que no acusara el efecto del tumulto?

ARIEL.—No hubo quien no sintiera la fiebre de los locos, ni obrara enajenado. Todos, menos los marineros, se echaron al mar espumoso saltando del barco, que ardía con mi fuego. Fernando, el hijo del rey, con los pelos de punta (más juncos que pelos), fue el primero en lanzarse, gritando: «¡El infierno está vacío! ¡Aquí están los demonios!».

PRÓSPERO.—¡Bien por mi espíritu! Pero, ¿eso no fue junto a la costa?

ARIEL.—Muy cerca, mi amo.

PRÓSPERO.—¿Y están todos a salvo, Ariel?

ARIEL.—Ni un pelo han sufrido, y no hay mancha en sus ropas flotadoras, ya más nuevas que nunca. Tal como ordenaste, los dispersé por grupos en la isla. Al hijo del rey le hice llegar a tierra, donde quedó enfriando el aire de suspiros, sentado en un rincón lejano de la isla con los brazos en este triste nudo.

PRÓSPERO.—Dime qué hiciste con el navío real, los marineros. ¿Y el resto de la escuadra?

ARIEL.—El navío del rey está escondido en buen puerto, en la cala profunda donde una medianoche me hiciste traer rocío de las Bermudas borrascosas. A los marineros los metí bajo cubierta; durmiendo quedaron, merced a un hechizo y sus fatigas. El resto de la escuadra, a la que dispersé, ya se ha reunido y navega por la mar Mediterránea con triste rumbo a Nápoles, creyendo que vieron naufragar el navío del rey y morir a su augusta persona.

PRÓSPERO.—Ariel, cumpliste mi encargo con esmero, pero aún queda trabajo. ¿Qué hora es?

ARIEL.—Más del mediodía.

PRÓSPERO.—Al menos dos horas más. De aquí a las seis hemos de emplear valiosamente el tiempo.

ARIEL.—¿Aún más labor? Ya que tanto me exiges, déjame recordarte lo que has prometido y aún no me has dado.

PRÓSPERO.—¡Vaya! ¿Protestando? ¿Tú qué puedes reclamarme?

ARIEL.—Mi libertad.

PRÓSPERO.—¿Antes de tiempo? Ya basta.

ARIEL.—Te lo ruego, recuerda que te he prestado un gran servicio; no te digo mentiras, ni cometo errores, y te sirvo sin queja ni desgana. Prometiste descontarme un año entero.

PRÓSPERO.—¿Olvidas de qué tormento te libré?

ARIEL.—No.

PRÓSPERO.—Sí, y crees una fatiga pisar el fondo cenagoso del océano, correr sobre el áspero viento del norte, hacerme encargos en las venas de la tierra cuando el hielo la endurece.

ARIEL.—Yo no, señor.

PRÓSPERO.—¡Mientes, ser maligno! ¿Te olvidas de la inmunda bruja Sícórax, encorvada por la edad y la vileza? ¿Te olvidas de ella?

ARIEL.—No, señor.

PRÓSPERO.—Pues sí. ¿Dónde nació? Habla, dílo.

ARIEL.—En Argel, señor.

PRÓSPERO.—¿Ah, sí? Una vez al mes tengo que contarte lo que has sido, pues lo olvidas. La maldita bruja Sícórax, por múltiples maldades y hechizos que no son para

oídos humanos, fue, como ya sabes, desterrada de Argel. Por algo que hizo no la ejecutaron. ¿No es verdad?

ARIEL.—Sí, señor.

PRÓSPERO.—A esta bruja de ojos morados la trajeron ya preñada, dejándola aquí los marineros. Tú, mi esclavo, como a ti mismo te llamas, fuiste siervo suyo y, al ser tan sensible para cumplir sus órdenes soeces, negándole obediencia, te encerró, con la ayuda de agentes poderosos y en su cólera más incontenible, en un pino partido, en cuyo hueco doce años con dolor permaneciste prisionero. Mas murió en ese espacio y te dejó allí, dando más quejas que giros una rueda de molino. Entonces, salvo el hijo que ella parió aquí, un pecoso engendro, ningún humano había honrado esta isla.

ARIEL.—Sí, su hijo Calibán.

PRÓSPERO.—¡Torpe! ¿Quién, si no? Calibán, que ahora está a mi servicio. Bien sabes el tormento que sufrías cuando te hallé. Tus gemidos hacían aullar al lobo y apiadarse al oso furibundo: un tormento para los condenados que Sícórax no podía deshacer. Fue mi magia, cuando llegué y te oí, lo que abrió aquel pino y te libró.

ARIEL.—Te lo agradezco, amo.

PRÓSPERO.—Si vuelves a quejarte, parto un roble y te clavo en sus nudosas entrañas para que pases aullando doce inviernos.

ARIEL.—Perdóname, amo. Seré dócil a tus órdenes y cumpliré gentilmente como espíritu.

PRÓSPERO.—Si lo haces, dentro de dos días serás libre.

ARIEL.—¡Bien por mi noble amo! ¿Qué quieres que haga? Dilo. ¿Qué deseas?

PRÓSPERO.—Transfórmate en ninfa marina. Hazte invisible a todos, menos a ti y a mí. Vamos, toma esa forma y vuelve entonces. ¡Vamos, sé diligente! (Sale Ariel.) Despierta, hija mía, despierta. Has dormido bien. Despierta.

MIRANDA.—Lo asombroso de tu historia me dio sueño.

PRÓSPERO.—Sacúdetelo. Ven. Vamos a hacer visita a Calibán, mi esclavo, que nunca nos dio respuesta amable.

MIRANDA.—Padre, es un infame al que detesto.

PRÓSPERO.—Sí, pero le necesitamos. Enciende el fuego, trae la leña y nos hace trabajos muy útiles. ¡Eh, esclavo! ¡Calibán! ¡Responde, montón de tierra!

CALIBÁN.—(Dentro.) ¡Ya tenéis bastante leña!

PRÓSPERO.—¡Vamos, sal ya! Tengo otro encargo para ti. ¿Cuándo saldrás, tortuga? (Entra Ariel, en forma de ninfa marina.) ¡Bella aparición! Primoroso Ariel, te hablo al oído.

ARIEL.—Así lo haré, señor. (Sale.)

PRÓSPERO.—¡Sal ya, ponzoñoso esclavo, engendro del demonio y tu vil madre! (Entra Calibán.)

CALIBÁN.—¡Así os caiga a los dos el vil rocío que, con pluma de cuervo, barría mi madre de la ciénaga malsana! ¡Así os sople un viento del sur y os cubra de pústulas!

PRÓSPERO.—Por decir eso, tendrás calambres esta noche y punzadas que ahogan el aliento. Los duendes, que obran en la noche, clavarán púas en tu piel. Tendrás más agujijones que un panal, cada uno más punzante que los de las abejas.

CALIBÁN.—Tengo que comer. Esta isla es mía por mi madre Sícórax, y tú me la quitaste. Cuando viniste, me acariciabas y me hacías mucho caso, me dabas agua con bayas, me enseñabas a nombrar la lumbrera mayor y la menor que arden de día y de noche. Entonces te quería y te mostraba las riquezas de la isla, las fuentes, los pozos salados, lo yermo y lo fértil. ¡Maldito yo por hacerlo! Los hechizos de Sícórax te asedien: escarabajos, sapos, murciélagos. Yo soy todos los súbditos que tienes, yo, que fui mi propio rey; y tú me empocilgas en la dura roca y me niegas el resto de la isla.

PRÓSPERO.—¡Esclavo archiembustero, que respondes al látigo y no a la bondad! Siendo tal basura, te traté humanamente, y te alojé en mi celda hasta que pretendiste forzar la honra de mi hija.

CALIBÁN.—¡Ja, ja! ¡Ojalá hubiera podido! Tú me lo impediste. Si no, habría poblado de Calibanes esta isla.

MIRANDA.—¡Odioso esclavo, en quien no deja marca la bondad y cabe todo lo malo! Me dabas lástima, me esforcé en enseñarte a hablar y cada hora te enseñaba algo nuevo. Salvaje, cuando tú no sabías lo que pensabas y balbucías como un bruto, yo te daba las palabras para expresar las ideas. Pero, a pesar de que aprendiste, tu vil sangre repugnaba a un alma noble. Por eso te encerraron merecidamente en esta roca, mereciendo mucho más que una prisión.

CALIBÁN.—Me enseñaste a hablar, y mi provecho es que sé maldecir. ¡La peste roja te lleve por enseñarme tu lengua!

PRÓSPERO.—¡Fuera, engendro! Tráenos leña, y más te vale no tardar, que hay más trabajo. ¿Te encoges de hombros, infame? Si descuidas o haces tu labor de mala gana, te torturo con calambres, te meto el dolor en los huesos. Rugirás tanto que hasta las bestias temblarán de oírte.

CALIBÁN.—No, te lo suplico. (Aparte.) He de obedecer. Su magia es tan potente que vencería a Setebos, el dios de mi madre, convirtiéndole en vasallo.

PRÓSPERO.—¡Fuera, esclavo, vete! (Sale Calibán.)

(Entra Fernando. Entra Ariel invisible, tocando y cantando.)

ARIEL.—(Canción.)

A estas playas acercaos
de la mano.
Saludo y beso traerán
silencio al mar.

Bailad con gracia y donaire;
los elfos canten
el coro.

¡Atentos! (Coro, disperso.): ¡Guau, guau! Ladran los perros. (Coro, disperso.): ¡Guau, guau! Callad. Oiréis al pomposo Chantecler cantando quiquiriquí.

FERNANDO.—¿De dónde sale esta música? ¿Del aire o de la tierra? Ha cesado. Sin duda suena por un dios de la isla. Sentado en la playa, llorando el naufragio de mi padre, el rey, esta música se me insinuó desde las aguas, calmando con su dulce melodía su furia y mi dolor. La he seguido desde allí, o, más bien, me ha arrastrado. Mas cesó. No, vuelve a sonar.

ARIEL.—(Canción.)

Yace tu padre en el fondo
y sus huesos son coral.
Ahora perlas son sus ojos;
nada en él se deshará,
pues el mar le cambia todo
en un bien maravilloso.
Ninfas por él doblarán.

(Coro: Din, don.) Ah, ya las oigo: Din, don, dan.

FERNANDO.—La canción evoca a mi ahogado padre. Esto no es obra humana, ni sonido de la tierra. Ahora lo oigo sobre mí.

PRÓSPERO.—Abre las cortinas de tus ojos y dime qué ves ahí.

MIRANDA.—¿Qué es? ¿Un espíritu? ¡Ah, cómo mira alrededor! Créeme, padre: tiene una hermosa figura. Pero es un espíritu.

PRÓSPERO.—No, muchacha: come y duerme, y sus sentidos son como los nuestros. Este joven caballero estaba en el naufragio y, si no estuviese alterado del dolor (estrageo de la belleza), podríamos llamarle apuesto. Ha perdido a sus amigos y va errante en su busca.

MIRANDA.—Yo le llamaría ser divino, pues nada vi tan noble aquí, en la tierra.

PRÓSPERO.—(Aparte.) Está resultando como lo concebí. (A Ariel.) Espíritu, gran espíritu, en dos días te libraré por esto.

FERNANDO.—(Viendo a Miranda.) Sin duda, la diosa por quien suena esta música. Ten a bien decirme si habitas esta isla e instruirme sobre el modo como debo proceder estando aquí. Mi primera súplica, aunque última, es: ¡Oh, maravilla!, ¿eres o no una muchacha?

MIRANDA.—Maravilla, ninguna, pero sí una muchacha.

FERNANDO.—¡Mi idioma! ¡Dios santo! Sería el primero de todos sus hablantes si estuviera allí donde se habla.

MIRANDA.—¿Cómo? ¿El primero? ¿Qué serías si te oyera el rey de Nápoles?

FERNANDO.—Un pobre solitario que se asombra de oírte hablar del rey. Él me oye, y porque me oye, lloro. Ahora el rey soy yo, y mis ojos, desde entonces sin reflujó, vieron el naufragio de mi padre.

MIRANDA.—¡Qué dolor!

FERNANDO.—Sí, y con él el de sus nobles; entre ellos, el Duque de Milán y su buen hijo.

PRÓSPERO.—(Aparte.) El Duque de Milán y su mejor hija podrían desmentirte si fuera el momento. No más verse y ya suspiran. Primoroso Ariel, serás libre por esto. — Oídme, señor: (A Fernando.) me temo que os habéis equivocado; oídme.

MIRANDA.—¿Por qué se pone tan áspero mi padre? Éste es el tercer hombre que he visto y el primero que me hechiza. ¡La compasión incline a mi padre de mi lado!

FERNANDO.—Ah, si eres doncella, y a nadie has dado aún tu corazón, yo te haré reina de Nápoles.

PRÓSPERO.—Esperad, señor, oídme. (Aparte.) Se han rendido el uno al otro, mas yo frenaré su presteza, no sea que ganar tan fácil convierta en fácil el premio. (A Fernando.) Óyeme, te ordeno que me escuches. Usurpas un nombre que no es tuyo, y has venido a esta isla como espía, para quitármela a mí, que soy su dueño.

FERNANDO.—¡No, por mi honor!

MIRANDA.—El mal no puede residir en este templo. Si el maligno viviera en casa tan hermosa, el bien lo expulsaría.

PRÓSPERO.—Sígueme. Tú no le defiendas: es un traidor. Te voy a encadenar los pies y el cuello. Beberás agua de mar; te alimentarás de moluscos de agua dulce, raíces reseca y cáscaras de bellota. ¡Sígueme!

FERNANDO.—¡No! No voy a soportar este trato mientras mi enemigo no tenga más poder. (Desenvaina, y un hechizo le detiene.)

MIRANDA.—Querido padre, no le juzgues con tanto rigor, pues es noble, y nada cobarde.

PRÓSPERO.—¡Cómo! ¿Me va a instruir el pie? Envaina ya, traidor, que alardeas, pero no atacas, con esa conciencia tan culpable. No sigas en guardia, pues con mi vara puedo desarmarte y hacer que sueltas la espada.

MIRANDA.—Padre, te suplico...

PRÓSPERO.—¡Fuera! ¡No te cuelgues de mi ropa!

MIRANDA.—Apíadate, padre. Yo respondo por él.

PRÓSPERO.—¡Silencio! Si dices otra palabra, te reñiré, y aun te odiaré. ¡Cómo! ¿Abogada de impostor? ¡Calla! Porque sólo has visto a él y a Calibán te crees que no hay otros como él. ¡Necia! Al lado de otros hombres, él es un Calibán, y a su lado, ellos son ángeles.

MIRANDA.—Mis sentimientos son humildes. No deseo ver a un hombre más apuesto.

PRÓSPERO.—(A Fernando.) Vamos, obedece. Tus fibras han vuelto a su infancia y no tienen fuerza.

FERNANDO.—Es verdad. Como en un sueño, mi ánimo está encadenado. La muerte de mi padre, esta debilidad, el naufragio de mis amigos y las amenazas del que ahora me somete no son una carga mientras una vez al día, desde mi cárcel, pueda ver a esta muchacha. Dispongan los libres del resto del mundo. En mi cárcel ya tengo bastante espacio.

PRÓSPERO.—(Aparte.) Surte efecto. Vamos. Mi gran Ariel, buen trabajo. Sígueme: voy a darte otra misión.

MIRANDA.—(A Fernando.) No te inquietes. Mi padre es mucho mejor de lo que parece hablando. Lo que le has visto es insólito.

PRÓSPERO.—(A Ariel.) Serás libre como el viento de montaña. Pero mis órdenes cumple con esmero.

ARIEL.—A la letra.

PRÓSPERO.—(A Fernando.) ¡Vamos, sígueme! (A Miranda.) Y tú no le defiendas. (Salen.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

En la isla.

(Entran Alonso, Sebastián, Antonio, Gonzalo, Adrián y Francisco.)

GONZALO.—(A Alonso.) Alegraos, Majestad, os lo ruego. Tenéis motivo para el gozo, como todos: salvarnos cuenta más que lo perdido. La desgracia que sufrimos es corriente: cada día, esposas de marinos, dueños de barcos, mercaderes también tienen motivo de dolor, y este milagro, el de haber sobrevivido, muy pocos podrán contarlo entre millones. Con qué, señor, sopesad sabiamente el dolor con el alivio.

ALONSO.—Callad, os lo ruego.

SEBASTIÁN.—(Aparte a Antonio.) El consuelo es para él un caldo frío.

ANTONIO.—(Aparte a Sebastián.) Pero este consolador no va a soltarle.

SEBASTIÁN.—(Aparte a Antonio.) Mirad, le da cuerda al reloj de su ingenio. Muy pronto sonará.

GONZALO.—Señor...

SEBASTIÁN.—La una. Contad.

GONZALO.—Si a cada desventura se le da posada, al posadero le cae...

SEBASTIÁN.—Más de un duro.

GONZALO.—Más de un duro desconsuelo. Decís más verdad de la que pretendáis.

SEBASTIÁN.—Y vos respondéis con más ingenio del que yo creía.

GONZALO.—(A Alonso.) Así que, señor...

ANTONIO.—¡Uf! ¡Este no frena la lengua!

ALONSO.—(A Gonzalo.) Os lo ruego, basta.

GONZALO.—Bueno, he dicho. Aunque...

SEBASTIÁN.—(Aparte a Antonio.) No, si seguirá hablando.

ANTONIO.—(Aparte a Sebastián.) Apostemos algo a quién canta primero, Adrián o él.

SEBASTIÁN.—El viejo gallo.

ANTONIO.—El gallito.

SEBASTIÁN.—Conforme. ¿Qué nos jugamos?

ANTONIO.—Reírse el que gane.

SEBASTIÁN.—¡Hecho!

ADRIÁN.—Aunque esta isla parece desierta...

ANTONIO.—¡Ja, ja, ja!

SEBASTIÁN.—Ya estáis pagado.

ADRIÁN.—... inhabitable y casi inaccesible...

SEBASTIÁN.—Sin embargo...

ADRIÁN.—Sin embargo...

ANTONIO.—¡Tenía que decirlo!

ADRIÁN.—... su templanza es sin duda suave, fina y placentera.

ANTONIO.—Templanza era una moza placentera.

SEBASTIÁN.—Y fina, como tan doctamente ha dicho.

ADRIÁN.—El aire que sopla es sutil.

SEBASTIÁN.—Cual si tuviera pulmones, y podridos.

ANTONIO.—O si los perfumara una ciénaga.

GONZALO.—Aquí hay de todo para vivir.

ANTONIO.—Cierto, salvo medios de vida.

SEBASTIÁN.—De eso hay poco o nada.

GONZALO.—¡Qué lozana y frondosa está la hierba! ¡Qué verde!

ANTONIO.—Sí, el suelo está pardo.

SEBASTIÁN.—Con un matiz de verde.

ANTONIO.—No se le escapa nada.

SEBASTIÁN.—No, tan sólo la realidad.

GONZALO.—Pero lo más prodigioso, y es casi increíble...

SEBASTIÁN.—Como tantos prodigios.

GONZALO.—... es que nuestra ropa, habiéndose empapado en el mar, no obstante siga estando tan nueva y radiante. Más que manchada de agua salada, parece recién teñida.

ANTONIO.—Si hablara uno de sus bolsillos, ¿no le diría que miente?

SEBASTIÁN.—Sí, o se embolsaría la verdad.

GONZALO.—Creo que nuestra ropa está tan nueva como cuando la estrenamos en África, en la boda de la hija del rey, la bella Claribel, con el rey de Túnez.

SEBASTIÁN.—Buena boda, y nos ha ido muy bien al regreso.

ADRIÁN.—A Túnez nunca la honró semejante modelo de reina.

GONZALO.—No desde los tiempos de la viuda Dido.

ANTONIO.—¿Viuda? ¡Mala peste! ¿De dónde sale lo de «viuda»? ¡La viuda Dido!

SEBASTIÁN.—También podría haber dicho «el viudo Eneas». ¡Señor, cómo os lo tomáis!

ADRIÁN.—¿Decís la viuda Dido? Eso me da que pensar. Era de Cartago, no de Túnez.

GONZALO.—Señor, Túnez era Cartago.

ADRIÁN.—¿Cartago?

GONZALO.—Os lo aseguro. Cartago.

ANTONIO.—Sus palabras hacen más que el arpa milagrosa.

SEBASTIÁN.—Levantán la muralla, y aun las casas.

ANTONIO.—Ahora, ¿qué imposible se le resistirá?

SEBASTIÁN.—Creo que se llevará esta isla en el bolsillo y se la regalará a su hijo cual si fuera una manzana.

ANTONIO.—Y sembrando las pepitas en el mar, producirá nuevas islas.

GONZALO.—Pues sí.

ANTONIO.—Ya era hora.

GONZALO.—(A Alonso.) Señor, decíamos que nuestra ropa parece tan nueva ahora como cuando estábamos en Túnez en la boda de vuestra hija, ahora reina.

ANTONIO.—La más excelsa que llegó allí.

SEBASTIÁN.—Salvo, con perdón, la viuda Dido.

ANTONIO.—¿La viuda Dido? ¡Ah, sí, la viuda Dido!

GONZALO.—Señor, ¿no está mi jubón tan nuevo como el día en que lo estrené? Bueno, hasta cierto punto.

ANTONIO.—Un punto que no ha perdido.

GONZALO.—Cuando lo llevé en la boda de vuestra hija.

ALONSO.—Me embutís en el oído esas palabras contra mi gana de oírlas. Ojalá nunca hubiera casado a mi hija allá, pues al regreso pierdo a mi hijo y creo que también a ella: vive tan lejos de Italia que nunca volveré a verla. ¡Ah, tú, mi heredero de Nápoles y Milán! ¿Qué extraño pez te ha devorado?

FRANCISCO.—Señor, quizá esté vivo. Le vi cómo batía las olas y cabalgaba sobre ellas. Seguía a flote y rechazaba la embestida de las aguas, afrontando el oleaje. Su audaz cabeza descollaba sobre olas en combate y, remando con brazos vigorosos, alcanzó la costa, que se inclinaba sobre un pie desgastado por el mar cual si quisiera ayudarle. Estoy seguro de que llegó vivo a tierra.

ALONSO.—No, no; nos ha dejado.

SEBASTIÁN.—Bien puedes felicitarte por la pérdida. A nuestra Europa no favoreciste con tu hija, sino que se la echaste a un africano. Estará desterrada de tus ojos, que ahora tienen buen motivo para el llanto.

ALONSO.—Calla, te lo ruego.

SEBASTIÁN.—Todos nos postramos ante ti, rogándote que desistieras, y hasta la pobre muchacha dudaba entre negarse u obedecer, de qué lado inclinarse. Me temo que a tu hijo lo hemos perdido para siempre. Este asunto ha creado más viudas en Milán y Nápoles que supervivientes hay para aliviarlas. La culpa es tuya.

ALONSO.—Y también la mayor pérdida.

GONZALO.—Mi señor Sebastián, a vuestra verdad le falta delicadeza y oportunidad. Hurgáis en la herida, cuando debierais ponerle una venda.

SEBASTIÁN.—Bien dicho.

ANTONIO.—Y como un médico.

GONZALO.—(A Alonso.) Señor, el estar vos tan sombrío nos traerá mal tiempo a todos.

SEBASTIÁN.—¿Mal tiempo?

ANTONIO.—Espantoso.

GONZALO.—Señor, si yo colonizara esta isla...

ANTONIO.—La sembraría de ortigas.

SEBASTIÁN.—O de malvas o acederas.

GONZALO.—... y fuese aquí el rey, ¿qué haría?

SEBASTIÁN.—No emborracharse por falta de vino.

GONZALO.—En mi Estado lo haría todo al revés que de costumbre, pues no admitiría ni comercio, ni título de juez; los estudios no se conocerían, ni la riqueza, la pobreza o el servicio; ni contratos, herencias, vallados, cultivos o viñedos; ni metal, trigo, vino o aceite; ni ocupaciones: los hombres, todos ociosos, y también las mujeres, aunque inocentes y puras; ni monarquía...

SEBASTIÁN.—Mas dijo que sería el rey.

ANTONIO.—El final de su Estado se olvida del principio.

GONZALO.—La naturaleza produciría de todo para todos sin sudor ni esfuerzo. Traición, felonía, espada, lanza, puñal o máquinas de guerra yo las prohibiría: la naturaleza nos daría en abundancia sus frutos para alimentar a mi pueblo inocente.

SEBASTIÁN.—¿Sus súbditos no se casarían?

ANTONIO.—No, todos ociosos: todos putas y granujas.

GONZALO.—Señor, mi gobierno sería tan perfecto que excedería a la Edad de Oro.

SEBASTIÁN.—¡Dios salve a Su Majestad!

ANTONIO.—¡Viva Gonzalo!

GONZALO.—Y... ¿Me escucháis, señor?

ALONSO.—Os lo ruego, basta. No decís nada.

GONZALO.—Tenéis razón, Majestad. Lo hacía para darles pie a estos señores, que son de pulmones tan activos y sensibles que siempre se ríen por nada.

ANTONIO.—Nos reíamos de vos.

GONZALO.—Que en esta especie de bobada no soy nada a vuestro lado. Así que seguid riéndoos por nada.

ANTONIO.—¡Buen golpe!

SEBASTIÁN.—Si hubiera sido con el filo.

GONZALO.—Sois hombres de gran temple. Sacaríais a la luna de su esfera si estuviera en ella cinco semanas sin cambiar.

(Entra Ariel, invisible, tocando una música solemne.)

SEBASTIÁN.—Exacto, y con su luz iríamos a cazar pájaros.

ANTONIO.—Mi buen señor, no os enfadéis.

GONZALO.—No, os aseguro que no arriesgaré mi sensatez por tan poco. ¿Queréis dormirme con la risa, que tengo mucho sueño?

ANTONIO.—Dormid, y oídnos. (Se duermen todos menos Alonso, Sebastián y Antonio.)

ALONSO.—¡Vaya! ¿Durmiendo tan pronto? Ojalá con mis ojos se cerraran mis pensamientos. Creo que quieren cerrarse.

SEBASTIÁN.—Entonces no desestimes la ocasión. El sueño no acude al dolor; cuando lo hace, consuela.

ANTONIO.—Señor, los dos os protegeremos mientras descanséis, y velaremos por vuestra seguridad.

ALONSO.—Gracias. Este sueño es asombroso. (Se duerme Alonso. Sale Ariel.)

SEBASTIÁN.—¡Qué sopor tan extraño los domina!

ANTONIO.—Es el carácter del lugar.

SEBASTIÁN.—¿Y por qué no cierra nuestros párpados? Yo ganas de dormir no tengo.

ANTONIO.—Ni yo. Mi mente está muy despierta. Ellos se han dormido a una, como por consenso, como tumbados por un rayo. ¿Cuál sería, noble Sebastián, cuál sería...? Pero basta. Sin embargo, creo ver en vuestro rostro a aquel que podríais ser. La ocasión os llama y mi viva imaginación ve una corona que desciende sobre vos.

SEBASTIÁN.—¿Estáis despierto?

ANTONIO.—¿No oís lo que digo?

SEBASTIÁN.—Sí, son palabras soñolientas, y habláis en vuestro sueño. ¿Qué decíais? Este reposo es extraño; dormido con ojos abiertos: de pie, hablando, andando y, sin embargo, dormido.

ANTONIO.—Noble Sebastián, dejáis dormir vuestra suerte, o más bien morir. No veis estando despierto.

SEBASTIÁN.—Y vos roncáis muy claro. Vuestros ronquidos tienen un significado.

ANTONIO.—Estoy más serio que de costumbre, y vos, si me escucháis, debéis estarlo. Hacerlo os encumbrará.

SEBASTIÁN.—Seré un remanso.

ANTONIO.—Yo os enseñaré a fluir.

SEBASTIÁN.—Os lo ruego. Mi indolencia hereditaria me lleva a refluir.

ANTONIO.—¡Ah, si vierais cómo acariciáis la causa mientras la menospreciáis! ¡Cómo al exponerla la arropáis aún más! Los que refluyen acaban casi en el fondo por culpa de su temor o indolencia.

SEBASTIÁN.—Continuad. Esos ojos y esa cara anuncian que lleváis algo dentro, aunque el parto se presenta doloroso.

ANTONIO.—Oídme: aunque este dignatario de frágil memoria, de quien se guardará tan débil recuerdo cuando esté enterrado, casi ha persuadido al rey (él es la persuasión, lo suyo es persuadir) de que su hijo aún vive, tan imposible es que no se haya ahogado como que este durmiente esté nadando.

SEBASTIÁN.—De que no se haya ahogado no tengo esperanza.

ANTONIO.—¡Ah! De no tenerla nace vuestra gran esperanza. Que por ese lado no haya esperanza es, por otro, tan alta esperanza que ni la propia ambición la vislumbra y aun duda en divisarla. ¿Estáis conmigo en que Fernando se ha ahogado?

SEBASTIÁN.—Está muerto.

ANTONIO.—Entonces, decidme. ¿Quién heredará Nápoles?

SEBASTIÁN.—Claribel.

ANTONIO.—La actual reina de Túnez, que vive a más de una vida de distancia; que de Nápoles no tendrá noticias, si el correo no es el sol (la luna es muy lenta), hasta que un recién nacido tenga barba rasurable; por quien el mar nos tragó, aunque a algunos nos ha arrojado, y de suerte que actuemos en un drama en que el pasado sea el prólogo y la acción la ejecutemos vos y yo.

SEBASTIÁN.—¿Qué decís? ¿Qué os proponéis? Sí, la hija de mi hermano es reina de Túnez, también heredera de Nápoles, y entre ambos media gran distancia.

ANTONIO.—Y de ella cada palmo parece gritar: «¿Podrá recorrernos Claribel para volver a Nápoles? Que siga en Túnez y despierte Sebastián». ¿Y si fuera la muerte lo que a éstos ha vencido? No estarían peor de lo que están. Hay quien regiría Nápoles tan bien como el que duerme, palaciegos que hablan tanto y tan superfluo como este Gonzalo. Yo enseñaría a una chova a hablar igual de sesuda. ¡Ay, si pensarais como yo! ¡Cómo os encumbraría el sueño de éstos! ¿Me entendéis?

SEBASTIÁN.—Creo que sí.

ANTONIO.—¿Y cómo responderéis a vuestra buena fortuna?

SEBASTIÁN.—Recuerdo que vos derrocasteis a vuestro hermano Próspero.

ANTONIO.—Cierto, y ved qué bien me sienta mi ropa; mejor que antes. Entonces los criados de mi hermano eran mis compañeros; ahora son mis siervos.

SEBASTIÁN.—¿Y vuestra conciencia?

ANTONIO.—Sí, ¿dónde queda? Si fuera un sabañón, me pondría zapatillas, mas mi pecho no siente a esa diosa. Veinte conciencias que hubiera entre Milán y yo, por mí que se hielen y derritan, que no me estorbarán. Vuestro hermano duerme. No valdrá más que la tierra en la que yace si está como parece, muerto, y yo, con este acero, tres pulgadas, le haría dormir por siempre, mientras vos, haciendo así, los ojos cerraríais in aeternum a este viejo bocado, este don Sesudo, que no ha de censurar nuestra conducta. Los demás lo tragarán como el gato lame leche, y en cualquier asunto verán en el reloj la hora que nosotros les digamos.

SEBASTIÁN.—Vuestro caso, buen amigo, será mi precedente: igual que vos Milán, yo me haré con Nápoles. Desenvainad: un golpe os hará libre del tributo que pagáis y yo, el rey, os querré bien.

ANTONIO.—Desenvainemos a una, y cuando yo levante el brazo, hacedlo vos contra Gonzalo.

SEBASTIÁN.—Ah, otra cosa. (Hablan aparte.)

(Entra Ariel, invisible, con música y canción.)

ARIEL.—Mi amo con su magia ve el peligro que corres tú, su amigo, y me envía (si no, su plan naufraga) para salvaros a todos. (Canta al oído de Gonzalo.)

Mientras yaces ahí roncando,
la conjura, que ha velado,
su momento espera.
Si en algo estimas tu vida,
sacude el sueño, espabila.
¡Despierta, despierta!

ANTONIO.—Hagámoslo ya.

GONZALO.—(Despertando.) ¡Los ángeles guarden al rey! (Se despiertan los demás.)

ALONSO.—¿Qué es esto? ¿Despiertos? ¿Por qué habéis desenvainado? ¿A qué esa cara de espanto?

GONZALO.—¿Qué ocurre?

SEBASTIÁN.—Estábamos guardando vuestro sueño cuando ha resonado un sordo rugido como de toros, o más bien de leones. ¿No te despertó? A mí me hirió el oído.

ALONSO.—Yo no he oído nada.

ANTONIO.—¡El fragor habría despertado a un monstruo, causado un terremoto! Seguro que rugió una manada de leones.

ALONSO.—¿Lo habéis oído, Gonzalo?

GONZALO.—Os juro, señor, que oí un zumbido, y además muy extraño, que me despertó. Os sacudí y grité. Cuando abrí los ojos, los vi espada en mano. Sí que hubo un ruido, es cierto. Más nos vale estar en guardia o salir de este lugar. Desenvainemos.

ALONSO.—Id delante, y sigamos buscando a mi pobre hijo.

GONZALO.—¡El cielo le guarde de estas fieras! Seguro que está en la isla.

ALONSO.—Abrid camino.

ARIEL.—La orden de Próspero ya la he cumplido. Tú, rey, ve seguro, y busca a tu hijo. (Salen.)

ESCENA II

En la isla.

(Entra Calibán con un haz de leña. Se oyen truenos.)

CALIBÁN.—¡Que caigan sobre Próspero los miasmas que absorbe el sol en marismas y ciénagas y le llaguen palmo a palmo! Le maldigo, aunque me oigan sus espíritus. Pellizcos no me darán, ni sustos sacando duendes, ni me arrojarán al barro, ni, cual fuegos fatuos, me harán perderme en la noche, si él no lo manda. Mas por nada me los echa encima; a veces son monos que me chillan, hacen muecas y me muerden; otras, erizos que yacen enrollados y me levantan las púas bajo mi pie descalzo; otras, víboras que se me enroscan y que con su lengua hendida me vuelven loco a silbidos. (Entra Trínculo.) ¡Ah, mira! Aquí viene a atormentarme otro de sus espíritus, porque tardo en llevarle la leña. Me echaré al suelo. Quizá no me vea.

TRÍNCULO.—Aquí no hay arbusto ni mata en que resguardarse, y ya se cuece otra tormenta; la oigo cantar al viento. Ese nubarrón parece un sucio pellejo de vino pronto a reventar. Si va a tronar como antes, no sé dónde meterme; esa nube se vaciará a cántaros. Pero, ¿qué veo aquí? ¿Un hombre o un pez? ¿Vivo o muerto? Es un pez, huele a pescado; echa un olor rancio, a salazón no muy fresca. ¡Qué pez más raro! Si estuviera en Inglaterra, como ya estuve, pondría un cartel, y no habría tonto de feria que no diera plata por verlo. Allí este monstruo me haría rico; allí cualquier bicho raro hace negocio. No dan un centavo para aliviar a un cojo, pero se gastan diez en ver a un indio muerto. ¡Piernas de hombre! ¡Brazos, y no aletas! ¡Y está caliente! Me vuelvo atrás, me desdigo: esto no es un pez, sino un isleño recién tumbado por un rayo. (Truenos.) ¡Vuelve la tormenta! Me meteré bajo su capa; por aquí no veo otro refugio. A veces la desgracia nos acuesta con extraños compañeros. Me arroparé aquí hasta que se vacíe la tormenta. (Entra Esteban.)

ESTEBAN.—(Cantando.)

Ya nunca iré a la mar, la mar,
que en tierra moriré...

Esta canción es infame para un funeral. Bueno, éste es mi consuelo. (Bebe y después, canta.)

Piloto, grumete, mozo, capitán,
artillero y yo
queremos a Mara, María y Marián,
pero a Catia no,
pues maldice al hombre de mar
y le grita: «¡Muérete ya!»

De brea o alquitrán no soporta el olor,
mas deja que el sastre le rasque el picor.
Conque, ¡al barco, amigos, y muérase ya!

Esta canción también es infame, pero éste es mi consuelo. (Bebe.)

CALIBÁN.—¡No me atormentes! ¡Ah!

ESTEBAN.—¿Qué pasa aquí? ¿Hay demonios? ¿Quién nos embauca con salvajes y con indios? ¿Eh? No me he salvado de ahogarme para que ahora me asusten tus cuatro patas, pues, como bien dicen, porque tengas cuatro patas no me harás salir por pies; y lo dirán mientras Esteban respire.

CALIBÁN.—¡Me atormenta este espíritu! ¡Ah!

ESTEBAN.—Éste es un monstruo isleño de cuatro patas que, por lo visto, tiene calentura. ¿Dónde diablos habrá aprendido nuestra lengua? Aunque sólo sea por eso, voy a darle algún alivio. Si logro curarlo y amansarlo, y vuelvo a Nápoles con él, será un regalo para cualquier emperador que camine sobre cuero.

CALIBÁN.—¡No me atormentes, te lo ruego! Traeré la leña más deprisa.

ESTEBAN.—Está delirando y no habla con mucho tino. Voy a darle un trago. Si nunca ha bebido vino, casi le quitará la calentura. Si logro curarlo y amansarlo, no cobraré mucho por él; pero quien lo compre, pagará, y bien.

CALIBÁN.—Aún no me haces mucho daño, pero por tu temblor sé que lo harás. Próspero actúa sobre ti.

ESTEBAN.—Vamos, abre la boca: esto resucita a un muerto. Abre la boca: esto quita los temblores, te lo digo yo, y bien. Tú no conoces a tus amigos: vuelve a abrir esas quijadas.

TRÍNCULO.—Esa voz la conozco. Es la de... No; se ahogó, y éstos son demonios. ¡Socorro!

ESTEBAN.—Cuatro patas y dos voces. ¡Qué primor de monstruo! La voz delantera es para hablar bien de su amigo, y la trasera, para maldecir y renegar. Si para curarse necesita todo el vino, yo se lo daré. ¡Toma! Ya basta. Ahora se lo echaré por la otra boca.

TRÍNCULO.—¡Esteban!

ESTEBAN.—¿Me llama la otra boca? ¡Piedad, piedad! ¡No es un monstruo, es el diablo! Me voy, que no sé atarlo.

TRÍNCULO.—¡Esteban! Si tú eres Esteban, tócame y háblame, que soy Trínculo. No tengas miedo: tu buen amigo Trínculo.

ESTEBAN.—Si eres Trínculo, sal. Te sacaré por las piernas más cortas; si algunas son de Trínculo, son éstas. ¡El mismísimo Trínculo! ¿Cómo has llegado a ser excremento de este aborto? ¿Es que puede evacuar Trínculos?

TRÍNCULO.—Creí que te había tumbado un rayo. Pero, Esteban, ¿no te ahogaste? Espero que no seas un ahogado. ¿Ha escampado? Me metí bajo la capa del monstruo por miedo a la tormenta. ¿Y estás vivo, Esteban? ¡Ah, Esteban! ¡Dos napolitanos a salvo!

ESTEBAN.—Oye, no me hagas dar vueltas, que mi estómago no aguanta.

CALIBÁN.—(Aparte.) Si no son espíritus, son seres superiores. Éste es un gran dios y lleva licor celestial. Me postraré ante él.

ESTEBAN.—¿Cómo te salvaste? ¿Cómo has llegado hasta aquí? Jura por esta botella cómo has llegado (yo me salvé sobre un barril de jerez que tiraron por la borda); jura por esta botella: la hice yo mismo con la corteza de un árbol desde que llegué a tierra.

CALIBÁN.—Juro por tu botella que seré tu siervo fiel, pues el licor no es terrenal.

ESTEBAN.—Vamos, jura, ¿cómo te salvaste?

TRÍNCULO.—Hombre, nadando como un pato. Sé nadar como un pato, lo juro.

ESTEBAN.—Vamos, besa la Biblia. (Le pasa la botella.) Aunque nades como un pato, estás hecho un ganso.

TRÍNCULO.—¡Ah, Esteban! ¿Te queda más de esto?

ESTEBAN.—¡El barril entero, hombre! Mi bodega está en una cueva, en las rocas, y allí se esconde el vino. ¿Qué hay, aborto? ¿Qué tal tu calentura?

CALIBÁN.—¿No has caído del cielo?

ESTEBAN.—De la luna, te lo juro. Érase una vez un hombre en la luna, y era yo.

CALIBÁN.—He visto tu cara en ella, y te adoro. Mi ama me la enseñó, y tu perro y tu espino.

ESTEBAN.—Vamos, júralo; besa esta Biblia. En seguida le amplío el contenido. Jura. (Bebe Calibán.)

TRÍNCULO.—¡Luz del cielo, qué monstruo más tonto! ¿Yo tenerle miedo? ¡Será bobo el monstruo! ¿Un hombre en la luna? ¡El monstruo es de lo más crédulo! Buen trago, monstruo, de veras.

CALIBÁN.—Te enseñaré cada palmo fértil de la isla y te besaré los pies. Te lo ruego, sé mi dios.

TRÍNCULO.—¡Luz del cielo! El monstruo es pérfido y borracho. Cuando duerma su dios, le quitará la botella.

CALIBÁN.—Te besaré los pies. Juro que seré tu siervo.

ESTEBAN.—Muy bien. ¡Al suelo, y jura!

TRÍNCULO.—Me matará de la risa este monstruo cara-perro. ¡Qué granuja de monstruo! Le daría una paliza...

ESTEBAN.—Vamos, besa.

TRÍNCULO.—... si no es porque está borracho. ¡Vaya un monstruo abominable!

CALIBÁN.—Verás las mejores fuentes, te cogeré bayas, pescaré para ti y te traeré mucha leña. ¡Mala peste al tirano de mi amo! No le llevaré una astilla; te serviré a ti, ser maravilloso.

TRÍNCULO.—¡Qué monstruo más absurdo! ¡Llamar maravilla a un pobre borracho!

CALIBÁN.—Deja que te lleve donde crecen las manzanas; te sacaré criadillas de tierra con las uñas, te enseñaré nidos de arrendajo y verás cómo se atrapa al rápido tití. Te llevaré donde hay avellanas a racimos y te traeré polluelos de la roca. ¿Querrás venir conmigo?

ESTEBAN.—Anda, llévanos y no hables más. Trínculo, ahogados el rey y su séquito, tomamos el mando nosotros. Tú, toma, lleva la botella. Amigo Trínculo, en seguida la llenamos.

CALIBÁN.—(Canta borracho.)

Adiós, amo, adiós, adiós.

TRÍNCULO.—Un monstruo chillón, un monstruo borracho.

CALIBÁN.—(Canta.)

No haré presas para el pez,

ni traeré leña

porque él quiera,

ni más platos fregaré.

Ban, ban, Ca-Calibán

tiene otro amo. ¡Busca a otro ya!

¡Libertad, fiesta! ¡Fiesta, libertad! ¡Libertad, fiesta, libertad!

ESTEBAN.—¡Qué gran monstruo! Llévanos. (Salen.)

ACTO TERCERO

ESCENA I

En la isla.

(Entra Fernando cargado con un leño.)

FERNANDO.—Hay juegos fatigosos, mas el esfuerzo destaca el placer que nos dan; algunas bajezas se soportan noblemente, y lo más pobre acaba en riqueza. Mi humilde labor me sería enojosa y detestable si no fuera por mi amada, que da vida a lo muerto y placer a mis trabajos. Ah, ella es diez veces más dulce que su padre, agrio y hecho de aspereza. Cumpliendo su dura orden, he de llevar varios miles de estos leños y apilarlos. Mi amada llora de verme trabajar y dice que esta servidumbre nunca tuvo tal criado. Me entretengo; mis gratos pensamientos me reaniman, y más activo estoy si me distraigo.

(Entran Miranda, y Próspero sin ser visto.)

MIRANDA.—¡Ah, te lo suplico, no trabajes tanto! ¡Así fulminase el rayo, esa leña que debes apilar! Anda, déjala en el suelo y descansa. Cuando arda, llorará por haberte fatigado. Mi padre está con sus estudios. Anda, descansa. Estarás a salvo de él tres horas.

FERNANDO.—Mi dulce amada, se pondrá el sol sin que yo haya cumplido mi tarea.

MIRANDA.—Siéntate y, mientras, yo llevaré la leña. Anda, dame eso; yo lo llevo al montón.

FERNANDO.—No, celestial criatura. Me romperé las fibras y me partiré la espalda antes que por mi holganza tú te humilles.

MIRANDA.—Tan propio sería de mí como de ti, y yo lo haría con más facilidad, pues mi ánimo es propicio, y el tuyo, adverso.

PRÓSPERO.—(Aparte.) ¡Pobre gusanito! Ya estás infectada. Tu visita lo demuestra.

MIRANDA.—Estás cansado.

FERNANDO.—No, noble amada: para mí sería la aurora si de noche estuvieras a mi lado. Y ahora, dime, para que pueda nombrarte cuando rezo. ¿Cómo te llamas?

MIRANDA.—Miranda. ¡Ah, padre! ¡He violado tu orden al decirlo!

FERNANDO.—¡Admirable Miranda, cumbre de toda admiración, que vales lo que el mundo más estima! He mirado a muchas damas bien atento, y muchas veces la armonía de su voz ha cautivado mis ávidos oídos. Por diversas virtudes me han gustado diversas mujeres; ninguna con tal ceguera que no viese algún defecto en riña con sus más nobles encantos hasta dejarlos vencidos. Pero tú, ¡ah, tú!, tan perfecta y sin par, fuiste creada de las bondades de todas.

MIRANDA.—No conozco a nadie de mi sexo, ni recuerdo un rostro de mujer, salvo el mío en el espejo; y que pueda llamar hombres, yo no he visto más que a ti, buen amigo, y a mi padre. Ignoro cuál sea la figura de otras gentes, mas, por mi pureza, joya de mi dote, en el mundo no deseo más compañero que tú; y a ninguno puede dar forma la imaginación que me guste más que tú. Pero hablo demasiado, y no obedezco los preceptos de mi padre.

FERNANDO.—Por mi estado soy príncipe, Miranda, quizá rey (ojalá no), y no menos me repugna esta servidumbre de leñero que dejar que la moscarda mancille mi boca. Te hablo con el alma: apenas te vi, mi corazón fue volando a tu servicio, en el que permanece hasta hacer de mí un esclavo. Por ti soy un leñero tan sufrido.

MIRANDA.—¿Me quieres?

FERNANDO.—¡Cielos, tierra! Dad fe de mis palabras y, si digo la verdad, premiad con buen suceso cuanto afirmo; si miento, traed el mal a lo mejor de mi futuro: más allá de los límites del mundo yo te quiero, estimo y venero.

MIRANDA.—Soy tonta llorando por lo que me alegra.

PRÓSPERO.—(Aparte.) ¡Qué bella unión de excelsos amores! ¡El cielo derrame gracia sobre lo que nace entre ellos!

FERNANDO.—¿Por qué lloras?

MIRANDA.—Por mi insignificancia. No me atrevo a ofrecer lo que deseo dar, y menos a tomar lo que perder me mataría. Pero es inútil: cuanto más procura ocultarse, más se ve el bulto. ¡Basta de melindres! ¡Hable por mí la franca y santa inocencia! Si te casas conmigo, soy tu esposa; si no, moriré tu doncella. Puedes negarte a que sea tu compañera, mas, quieras o no, seré tu sierva.

FERNANDO.—Mi dueña, querida mía, y yo ahora y siempre a tus pies.

MIRANDA.—¿Entonces, esposo?

FERNANDO.—Sí, y deseándolo tanto como el esclavo ser libre. Mi mano.

MIRANDA.—La mía, y en ella el corazón. Y ahora, adiós y hasta muy pronto.

FERNANDO.—¡Mil adioses, mil! (Salen.)

PRÓSPERO.—No puedo estar tan contento como ellos, que están maravillados, mas mi alegría no puede ser mayor. Vuelvo a mi libro, pues antes de la cena he de ocuparme de asuntos pertinentes. (Sale.)

ESCENA II

En la isla.

(Entran Calibán, Esteban y Trínculo.)

ESTEBAN.—(A Trínculo.) Tú calla. Cuando se acabe el barril, beberemos agua. Antes, ni una gota. Conque, ¡al abordaje! ¡Siervo-monstruo, bebe a mi salud!

TRÍNCULO.—¡Siervo-monstruo! ¡La quimera de la isla! Dicen que sólo somos cinco en esta isla: tres, nosotros. Como los otros dos tengan nuestras luces, el país se tambalea.

ESTEBAN.—Siervo-monstruo, tú bebe cuando te lo diga. Los ojos se te han metido en la cabeza.

TRÍNCULO.—¿Dónde los va a tener metidos? ¡Menudo monstruo sería si los tuviera en el rabo!

ESTEBAN.—Mi siervo-monstruo tiene la lengua ahogada en jerez. Pero a mí no me ahogó el mar: antes de llegar a tierra nadé treinta y cinco leguas de acá para allá, lo juro. Tú serás mi teniente, monstruo, o mi alférez.

TRÍNCULO.—Será alférez, que tenerse no se tiene.

ESTEBAN.—No vamos a huir, monsieur Monstruo.

TRÍNCULO.—Ni tampoco a andar, pero tú estarás tirado como un perro, y sin ladrar.

ESTEBAN.—¡Eh, aborto! Si eres un buen aborto, habla por una vez en tu vida.

CALIBÁN.—¿Cómo estás, Alteza? Deja que te lama el zapato. A éste no le serviré, que no es valiente.

TRÍNCULO.—¡Mentira, monstruo ignorante! Estoy para zurrarle a un alguacil. Tú, pez borracho, tú, ¿cuándo hubo cobarde que bebiera tanto vino como hoy yo? ¿Cómo dices mentira tan monstruosa siendo sólo medio pez y medio monstruo?

CALIBÁN.—¡Mira cómo se ríe de mí! ¿Lo vas a permitir, señor?

TRÍNCULO.—¿Ha dicho «señor»? ¡Habrá monstruo más idiota!

CALIBÁN.—¡Mira, otra vez! Anda, mávalo a mordiscos.

ESTEBAN.—Trínculo, no seas ligero de lengua. Si te amotinas, ¡al primer árbol! El pobre monstruo es mi siervo, y no sufrirá indignidad.

CALIBÁN.—Gracias, noble señor. ¿Tienes a bien volver a oír mi petición?

ESTEBAN.—¡Pues, claro! Repítela de rodillas. Yo sigo de pie, y también Trínculo.
(Entra Ariel, invisible.)

CALIBÁN.—Como te he dicho, soy siervo de un tirano, un mago que me ha afanado la isla con su arte.

ARIEL.—¡Mentiroso!

CALIBÁN.—(A Trínculo.) ¡Mentiroso tú, mono bufón! ¡Así te mate mi valiente amo! Yo no miento.

ESTEBAN.—Trínculo, como le interrumpas otra vez, te juro que te arranco algunos dientes.

TRÍNCULO.—¡Si no he dicho nada!

ESTEBAN.—Entonces silencio y basta. Sigue.

CALIBÁN.—Digo que logré esta isla con su magia; me la quitó. Si tiene a bien Tu Alteza tomar venganza en él... Porque tú te atreves, y éste, no.

ESTEBAN.—Claro que sí.

CALIBÁN.—Tú serás su dueño, y yo te serviré.

ESTEBAN.—¿Y eso cómo se hace? ¿Puedes llevarme hasta esa persona?

CALIBÁN.—Claro, señor. Te lo mostraré dormido, y podrás meterle un clavo en la cabeza.

ARIEL.—¡Embustero! No podrás.

CALIBÁN.—¡Vaya un colorines! ¡Bufón asqueroso! Suplico a Tu Alteza que le des de palos y le quites la botella. Cuando no la tenga, que beba agua de mar, porque yo no le enseñaré los manantiales.

ESTEBAN.—Trínculo, no te busques más peligros. Interrumpe otra vez al monstruo, y te juro que, sin más lástima, te dejo como un bacalao.

TRÍNCULO.—Pero, ¿qué he hecho? ¡Si no he hecho nada! Voy a apartarme.

ESTEBAN.—¿No le has llamado embustero?

ARIEL.—¡Embustero!

ESTEBAN.—¿Ah, sí? ¡Pues toma! (Le pega a Trínculo.) Si te ha gustado, vuelve a decirme embustero.

TRÍNCULO.—¡Yo no te he dicho embustero! ¿No tienes seso ni oído? ¡Maldita botella! Todo viene del jerez y del trincar. ¡Mala peste al monstruo y el diablo se lleve tus dedos!

CALIBÁN.—¡Ja, ja, ja!

ESTEBAN.—(A Calibán.) Ahora sigue con tu historia. (A Trínculo.) Tú apártate más.

CALIBÁN.—Pégale bien, que dentro de un rato yo también le pegaré.

ESTEBAN.—(A Trínculo.) Más lejos. (A Calibán.) Vamos, continúa.

CALIBÁN.—Como te he dicho, tiene por costumbre dormir la siesta. Ahí le chafas los sesos tras quitarle sus libros; o le aplastas el cráneo con un leño, o con una estaca lo destripas, o con tu cuchillo le cortas el gaznate. Primero hazte con sus libros, que, sin ellos, es tan tonto como yo, y no tendrá ni un espíritu a sus órdenes: le odian todos tan mortalmente como yo. Quémale los libros. Tiene finos enseres (así los llama él) para, cuando tenga casa, componerla. Y lo que más has de tener presente es la belleza de su hija. Él mismo la llama «sin par». No he visto a más mujer que a Sícorax, mi madre, y a ella; pero ella aventaja tanto a Sícorax como lo más a lo menos.

ESTEBAN.—¿Tan hermosa es?

CALIBÁN.—Sí, mi señor. Le vendrá bien a tu cama, y te dará buena prole.

ESTEBAN.—Monstruo, voy a matar a ese hombre. Su hija y yo seremos rey y reina (¡Dios salve a los reyes!), y Trínculo y tú seréis virreyes. ¿Qué te parece el arreglo, Trínculo?

TRÍNCULO.—Formidable.

ESTEBAN.—Dame la mano. Siento haberte pegado. Pero, mientras vivas, no seas ligero de lengua.

CALIBÁN.—Dentro de media hora dormiré. ¿Le matarás entonces?

ESTEBAN.—Te lo juro por mi honor.

ARIEL.—Se lo contaré a mi amo.

CALIBÁN.—Me das alegría. Estoy muy contento. ¡Venga regocijo! ¿Queréis cantar ese canon que me acabáis de enseñar?

ESTEBAN.—A petición tuya, monstruo, cualquier cosa justa. Vamos, Trínculo. ¡A cantar! (Canta.)

Búrlate y mófate,
y ríete y búrlate.
Pensar es libre.

CALIBÁN.—Ésa no es la música.

(Ariel toca la canción con flauta y tamboril.)

ESTEBAN.—¿Qué es esto?

TRÍNCULO.—La música de nuestra canción, tocada por don Nadie.

ESTEBAN.—Si eres hombre, muéstrate como tal. Si eres un diablo, como quieras.

TRÍNCULO.—¡Ah, perdona mis pecados!

ESTEBAN.—Quien muere paga sus deudas. ¡Te desafío! ¡Misericordia!

CALIBÁN.—¿Tienes miedo?

ESTEBAN.—No, monstruo, qué va.

CALIBÁN.—No temas; la isla está llena de sonidos y músicas suaves que deleitan y no dañan. Unas veces resuena en mi oído el vibrar de mil instrumentos, y otras son

voces que, si he despertado tras un largo sueño, de nuevo me hacen dormir. Y, al soñar, las nubes se me abren mostrando riquezas a punto de lloverme, así que despierto y lloro por seguir soñando.

ESTEBAN.—Para mí esto va a ser un gran reino: tendré música gratis.

CALIBÁN.—Después de matar a Próspero.

ESTEBAN.—Eso será en seguida. No olvido tu historia.

TRÍNCULO.—El sonido se aleja. Sigámoslo, y después, manos a la obra.

ESTEBAN.—Guíanos, monstruo, te seguimos. Ojalá viera al tamborilero. Toca con garbo.

TRÍNCULO.—¿Vienes? Voy contigo, Esteban. (Salen.)

ESCENA III

En la isla.

(Entran Alonso, Sebastián, Antonio, Gonzalo, Adrián, Francisco, etc.)

GONZALO.—¡Válgame! No puedo seguir, señor; me duelen mis viejos huesos. ¡Buen laberinto llevamos de sendas derechas y quebradas! Permittedme; debo descansar.

ALONSO.—Anciano, no puedo reprochároslo: también a mí me vence la fatiga y me embota los sentidos. Sentaos y descansad. Desde ahora abandono mi esperanza y no dejo que me halague. Se ahogó el que buscábamos errantes, y el mar se ríe de nuestra búsqueda en tierra. ¡Resignación!

ANTONIO.—(Aparte a Sebastián.) Me alegro de que esté sin esperanzas. Porque se haya frustrado, no desistas de llevar a cabo tu proyecto.

SEBASTIÁN.—(Aparte a Antonio.) En la próxima ocasión, y sin reservas.

ANTONIO.—(Aparte a Sebastián.) Que sea esta noche. Si están extenuados del camino, no querrán ni podrán mantener la vigilancia como cuando están despiertos.

SEBASTIÁN.—(Aparte a Antonio.) Pues esta noche. Ya basta.

(Música extraña y solemne, y entra Próspero en lo alto, invisible.)

ALONSO.—¿Qué es esta armonía? Amigos míos, escuchad.

GONZALO.—Una música dulcísima.

(Entran diversas figuras extrañas trayendo un banquete; bailan a su alrededor con gentiles saludos, invitando al rey a comer, etc., y salen.)

ALONSO.—¡Cielos, danos ángeles custodios! ¿Qué eran esos?

SEBASTIÁN.—¡Títeres vivientes! Ahora creeré que existe el unicornio, que en Arabia hay un árbol, el trono del fénix, y que en él en este instante reina un fénix.

ANTONIO.—Yo me creeré ambas cosas. Y si a lo demás no dan crédito, que vengan y les juraré que es verdad. Los viajeros nunca engañan, aunque los tontos los condenen.

GONZALO.—Si contara esto en Nápoles, ¿quién me creería? Si dijera que vi a estos isleños..., pues sin duda son gentes de esta isla, que, aunque no tengan figura de hombres, han sido más afables y corteses que muchos que veréis de nuestro género humano; vamos, más que casi todos.

PRÓSPERO.—(Aparte.) Mi noble señor, dices bien: algunos de los presentes sois peores que diablos.

ALONSO.—No deja de asombrarme el que esas figuras, con gestos y sonidos, y sin tener el uso del habla, se expresaran tan bien en lengua muda.

PRÓSPERO.—(Aparte.) Los elogios, al final.

FRANCISCO.—Se esfumaron misteriosamente.

SEBASTIÁN.—No importa, pues se han dejado las viandas, y tenemos apetito. ¿Quieres probar lo que hay aquí?

ALONSO.—No.

GONZALO.—Señor, no temáis. Cuando éramos niños, ¿quién habría creído que hubiera montañeses papudos como toros, con bolsas de carne colgándoles del garguero, y hombres con la cabeza saliéndoles del pecho? Pues ahora los viajeros de cinco por uno nos traen buenas pruebas.

ALONSO.—En fin, me pondré a comer, aunque sea mi última comida. No importa; para mí lo bueno ya pasó. Hermano, mi señor duque, poneos a comer como yo.

(Truenos y relámpagos. Entra Ariel en forma de arpía, aletea sobre la mesa, y mediante un artificio desaparece el banquete.)

ARIEL.—Sois tres pecadores, a los que el destino, de quien es instrumento este mundo y cuanto hay en él, ha dispuesto que el mar insaciable os arroje a esta isla, no habitada por el hombre, a vosotros, indignos de vivir entre los hombres. Os he enfurecido, y con un furor tal que lleva a los hombres a ahogarse y ahorcarse. (Desenvainan Alonso, Sebastián y Antonio.) ¡Necios! Mis compañeros y yo somos agentes del destino. Los elementos que templaron vuestras armas igual pueden herir al bronco viento o con bufas estocadas matar el agua, que al punto se cierra, que dañar un pelo de mis plumas. Mis hermanos son igual de invulnerables. Aun pudiendo herir, vuestro acero es muy pesado para vuestras fuerzas y no podéis alzarlo. Recordad, pues éste es mi mensaje, que los tres expulsasteis de Milán al buen Próspero y expusisteis al mar, que ya se ha desquitado, a él y a su inocente hija. Por esta infamia, los dioses, que aplazan, mas no olvidan, han inflamado a orillas y mares, y a todos los seres contra vuestra paz. A ti, Alonso, te han quitado a tu hijo y te anuncian por mi boca que una lenta perdición, peor que cualquier muerte brusca, habrá de acompañar

todos tus pasos. Para guardaros de su ira, que en esta isla desolada caería sobre vosotros, sólo os queda el pesar y, desde ahora, una vida recta.

(Desaparece con un trueno. Al son de una música suave vuelven a entrar las figuras, bailan con muecas y visajes y salen llevándose la mesa.)

PRÓSPERO.—(Aparte.) El papel de arpía, mi Ariel, lo has hecho perfecto; tenía una gracia arrebatadora. De cuanto te he ordenado que dijeras, nada has omitido, y mis espíritus menores han actuado muy al vivo y con primoroso esmero. Mis conjuros han obrado y mis enemigos están todos en la red de su extravío. Están en mi poder. Los dejaré en su trastorno, mientras veo a Fernando, a quien suponen ahogado, y a nuestra amada Miranda. (Sale.)

GONZALO.—En nombre de todo lo sagrado, señor, ¿por qué os quedáis estupefacto?

ALONSO.—¡Ah, es espantoso, espantoso! Creí que las olas me hablaban y me lo decían, que el viento me lo cantaba y que el trueno, ese órgano grave y tremendo, pronunciaba el nombre de Próspero; mi crimen retumbaba. Por él está mi hijo en el fondo cenagoso. Le buscaré donde no alcance la sonda y con él yaceré en el fango. (Sale.)

SEBASTIÁN.—Si vienen uno a uno, lucharé contra todos los demonios.

ANTONIO.—Y yo os secundaré. (Salen Sebastián y Antonio.)

GONZALO.—Los tres están alterados. Su gran culpa, cual veneno que actuase retardado, comienza a remorderles. Os lo ruego, vosotros que sois más ágiles, id tras ellos e impedid cualquier acción a que les lleve su demencia.

ADRIÁN.—¡Vamos, seguidme! (Salen todos.)

ACTO CUARTO

ESCENA I

En la isla.

(Entran Próspero, Fernando y Miranda.)

PRÓSPERO.—Si te he impuesto un castigo tan penoso, tu recompensa lo repara, pues te he dado un tercio de mi vida, la razón por la que vivo. De nuevo te la doy. Todas tus penalidades sólo han sido una prueba de tu amor, y tú la has superado a maravilla. Ante el cielo ratifico mi regalo. ¡Ah, Fernando! No sonrías si la enaltezco, pues verás que rebasa todo elogio y lo deja sin aliento.

FERNANDO.—Lo creería más que un oráculo.

PRÓSPERO.—Entonces, cual presente y como bien dignamente conquistado, toma a mi hija. Mas si rompes su nudo virginal antes que todas las sagradas ceremonias se celebren según el santo rito, el hisopo del cielo no bendecirá vuestra unión: el estéril odio, el torvo desdén y la discordia cubrirán vuestro lecho de tan malas hierbas que ambos lo odiaréis. Así que ten cuidado y la luz de Himeneo os ilumine.

FERNANDO.—Como espero días de paz, hermosa descendencia y larga vida con amor como el que siento, ni el antro más oscuro, ni el lugar más propicio, ni la mayor tentación de nuestra carne cambiará mi honor en lujuria, quitándome la dicha de la celebración, cuando piense que se han desplomado los corceles de Febo o que la Noche yace encadenada.

PRÓSPERO.—Hermosas palabras. Entonces, siéntate y habla con ella; tuya es. ¡Ariel! ¡Ariel, siervo laborioso! (Entra Ariel.)

ARIEL.—Aquí estoy. ¿Qué desea mi poderoso amo?

PRÓSPERO.—Tus hermanos menores y tú cumplisteis muy bien vuestro papel y ahora he de emplearos en artificio semejante. Trae a la cuadrilla sobre la cual te he dado autoridad. Haz que acudan pronto: voy a ofrecer a los ojos de esta joven pareja alguna muestra de mi magia. Se lo prometí y ellos lo esperan.

ARIEL.—¿Ahora mismo?

PRÓSPERO.—En el acto.

ARIEL.—Antes que digas «ven ya», respíres, grites «quizás», en su danza, cada cual con muecas acudirá. Me quieres, amo, ¿verdad?

PRÓSPERO.—Con el alma, primoroso Ariel. No vengas hasta que te llame.

ARIEL.—Entendido. (Sale.)

PRÓSPERO.—Cumple tu palabra. No des rienda suelta a los retozos. El más firme juramento es paja para el fuego de la carne. Refrénate, que, si no, adiós a tu promesa.

FERNANDO.—Os aseguro que la fría nieve virginal que hay en mi pecho entibia mi ardor.

PRÓSPERO.—Bien. Ven ya, mi Ariel. Trae espíritus de más antes que pocos. ¡Muéstrate, pronto! ¡Callen lenguas! ¡Miren ojos! ¡Silencio! (Música suave. Entra Iris.)

IRIS.—Ubérrima Ceres, tus campos de avena, de trigo, centeno, cebada y arveja; tus verdes montañas, donde ovejas pacen, tus prados, que a ellas regalan forraje; tus frescas riberas, de guardados bordes, que el pluvioso abril adorna a tu orden, para que las ninfas se trencen coronas; y tus sotos, que al amante ofrecen sombra cuando es rechazado; tus podadas viñas, y tus costas, tan rocosas y baldías, en las que te oreas; todo esto deja. Te lo manda Juno, de quien mensajera y arco iris soy. Con Su Majestad, aquí, en la majada, en este lugar, únete al festejo. (Juno aparece en el aire.) Sus pavones vuelan. Acércate, Ceres; disponte a acogerla. (Entra Ceres, representada por Ariel.)

CERES.—Salud a ti, emisaria de colores, que obedeces siempre a la esposa de Jove; que en mis flores dejas, con doradas alas, tus gotas de miel y tu lluvia mansa; que coronas con cada extremo del arco mis tierras boscosas y mis cerros áridos cual regio cendal. ¿Por qué tu Señora sobre este suave césped me convoca?

IRIS.—Para que festejes un pacto de amor y les hagas generosa donación a los amantes.

CERES.—Celeste arco, dime: ¿Sabes si aún Venus o Cupido sirven a tu excelsa reina? Desde que su intriga hizo que Plutón raptase a mi hija, yo siempre he evitado su vil sociedad y a su ciego hijo.

IRIS.—Pues no sufrirás por su compañía. Yo vi a esa deidad y con ella al hijo en carro de palomas volar hacia Pafos. Tramaban ahora un ardiente hechizo contra estos amantes, que el lecho amoroso no han de gozar antes que brille Himeneo. Mas todo fue en vano: la sensual amada de Marte ha tornado, su vehemente hijo sus flechas ya rompe, pues ahora jugará con gorriones y sólo será un niño. (Desciende Juno.)

CERES.—Se acerca ya la gran reina Juno; conozco su andar.

JUNO.—¿Cómo está mi generosa hermana? Ven, bendigamos la pareja, para que, prósperos, los honre su proge. (Cantan.)

¡Honra, bienes, bendición,

larga vida, sucesión,
nunca dicha os abandone!
Juno os canta bendiciones.

CERES.—(Canta.)

Pingües frutos y cosechas
y las trojes siempre llenas,
vides de racimos densos,
plantas curvadas del peso.
¡Que os llegue la primavera
al final de la cosecha!
La escasez os rehuirá,
Ceres os bendecirá.

FERNANDO.—Una visión majestuosa y de armonioso hechizo. ¿Debo pensar que estoy ante espíritus?

PRÓSPERO.—Espíritus, que con mi arte saqué de su morada para representar mi fantasía.

FERNANDO.—Dejad que por siempre viva aquí. Un padre tan prodigioso y tal esposa hacen del lugar un paraíso.

(Juno y Ceres musitan, y mandan a Iris a un recado.)

PRÓSPERO.—Silencio, amigo. Juno y Ceres musitan muy serias. Se ve que falta alguna cosa. No hables ahora, que, si no, se deshace el sortilegio.

IRIS.—Náyades o ninfas de undosos arroyos, diademas de juncos e inocentes ojos, dejad el murmullo, acudid al prado. Os convoca Juno; ella lo ha ordenado. Venid, castas ninfas; celebremos todas un pacto de amor. Venid sin demora. (Entran varias ninfas.) Curtidos segadores, hartos de agosto, dejad ya las mieses y venid gozosos. Haced fiesta; vuestros sombreros de paja llevad, y a una ninfa en rústica danza tomad por pareja.

(Entran varios segadores convenientemente vestidos. Se unen a las ninfas en graciosa danza, hacia cuyo fin Próspero de pronto se sobresalta y habla.)

PRÓSPERO.—Me olvidaba de la infame conjura contra mi vida de la bestia Calibán y sus confabulados. Ya se acerca el momento de su intriga. Muy bien, marchaos. Ya basta.

(Con un ruido extraño, sordo y confuso los espíritus desaparecen apenados.)

FERNANDO.—Es extraño. A tu padre le conturba el ánimo alguna emoción.

MIRANDA.—Nunca le había visto tan airado y descompuesto.

PRÓSPERO.—Te veo preocupado, hijo mío, y como abatido. Recobra el ánimo. Nuestra fiesta ha terminado. Los actores, como ya te dije, eran espíritus y se han disuelto en aire, en aire leve, y, cual la obra sin cimientos de esta fantasía, las torres con sus nubes, los regios palacios, los templos solemnes, el inmenso mundo y cuantos

lo hereden, todo se disipará e, igual que se ha esfumado mi etérea función, no quedará ni polvo. Somos de la misma sustancia que los sueños, y nuestra breve vida culmina en un dormir. Estoy turbado. Disculpa mi flaqueza; mi mente está agitada. No te inquiete mi dolencia. Si gustas, retírate a mi celda y reposa. Pasearé un momento por calmar mi ánimo excitado.

FERNANDO y MIRANDA.—Os deseamos paz. (Salen.)

PRÓSPERO.—¡Ven al instante! Gracias, Ariel. Ven. (Entra Ariel.)

ARIEL.—Me debo a tus pensamientos. ¿Qué deseas?

PRÓSPERO.—Espíritu, hay que enfrentarse a Calibán.

ARIEL.—Sí, mi señor. Cuando hacía de Ceres pensé decírtelo, pero temí que te enojases.

PRÓSPERO.—Repíteme dónde dejaste a esos granujas.

ARIEL.—Te dije que estaban inflamados de beber, tan envalentonados que herían el aire por soplarles en la cara, y el suelo por tocarles los pies, aunque siempre persistiendo en su objetivo. Toqué mi tamboril, y ellos, cual potrillos, aguzaron las orejas, abrieron los párpados y alzaron la nariz como si olieran música. Les embrujé el oído, y ellos, cual terneros, siguieron mi mugir por zarzas, espinos y aliagas pinchosas que se clavaban en sus tiernos tobillos. Los dejé en la inmunda charca, tras tu celda, bailando con el agua hasta el mentón y la poza, más hedionda que sus pies.

PRÓSPERO.—Buen trabajo, pajarillo. Continúa invisible. Trae de mi casa la ropa de gala; será un buen señuelo para estos ladrones.

ARIEL.—Voy, voy. (Sale.)

PRÓSPERO.—Un diablo, un diablo nato, cuya naturaleza no admite educación, y en quien el esfuerzo que me tomé humanamente fue inútil, estéril. Cual su cuerpo se afea con los años, su alma se corrompe. Los voy a atormentar hasta que aúllen. (Entra Ariel cargado de ropa vistosa, etc.) Ven, cuélgalos en este tilo.

(Entran Calibán, Esteban y Trínculo, todos mojados.)

CALIBÁN.—No hagáis ruido al andar, que ni el topo oiga un paso. Estamos cerca de su celda.

ESTEBAN.—Monstruo, ese duende, al que crees inofensivo, no ha hecho más que tomarnos el pelo.

TRÍNCULO.—Monstruo, apesto a orín de caballo, y se me irritan las narices.

ESTEBAN.—Y a mí. Óyeme, monstruo. Como te coja antipatía...

TRÍNCULO.—Serás monstruo muerto.

CALIBÁN.—Buen señor, no me retires tu gracia. Ten paciencia, que el premio que voy a darte borrará este contratiempo; así que habla bajo: todo está más tranquilo que la noche.

TRÍNCULO.—¡Sí, pero perder las botellas en la charca...!

ESTEBAN.—No es sólo vergüenza y deshonor, monstruo, sino una inmensa pérdida.

TRÍNCULO.—Para mí es peor que mojarme. ¡Monstruo, fue tu duende inofensivo!

ESTEBAN.—Yo voy a recobrar la botella, aunque me ahogue buscándola.

CALIBÁN.—Cálmate, mi rey, te lo ruego. Mira: es la boca de la celda. No hagas ruido, y adentro. Comete el buen crimen que ha de darte esta isla para siempre, y yo, tu Calibán, seré tu eterno lamepiés.

ESTEBAN.—Dame la mano. Me vienen pensamientos sanguinarios.

TRÍNCULO.—¡Ah, rey Esteban! ¡Ah, señor! ¡Ah, gran Esteban! ¡Mira el guardarropa que tienes aquí!

CALIBÁN.—Deja eso, tonto, que es desecho.

TRÍNCULO.—Oye, monstruo: sabemos lo que va al trapero. ¡Ah, rey Esteban!

ESTEBAN.—¡Quítate esa capa, Trínculo! ¡Te juro que esa capa será mía!

TRÍNCULO.—Sea de Tu Majestad.

CALIBÁN.—¡Mal haye este necio! ¿Cómo os dejáis embobar con tal estorbo? Dejad eso, que primero hay que matarle. Como despierte, nos dará tantos pellizcos de pies a cabeza que nos va a dejar buenos.

ESTEBAN.—Tú calla, monstruo. Señor tito, ¿no es mío este jubón? El jubón ya está bajo el Ecuador. Ahora, jubón, perderás la pelusa y te quedarás calvo.

TRÍNCULO.—Eso, que, con la venia, nosotros robamos por lo bajo.

ESTEBAN.—Gracias por el chiste. En premio, toma esta ropa. Mientras yo sea el rey de este país, el ingenio no quedará sin recompensa. Eso de «robar por lo bajo» es un buen golpe de ingenio. En premio, toma más ropa.

TRÍNCULO.—Anda, monstruo. Ponte liga en los dedos y arrambla con lo demás.

CALIBÁN.—No quiero nada. Perderemos la ocasión, y él nos convertirá en barnaclas o en monos de frente innoble.

ESTEBAN.—Monstruo, tú a trabajar. Ayuda a llevar esto donde guardo el barril, o te expulso de mi reino. Vamos, lleva esto.

TRÍNCULO.—Y esto.

ESTEBAN.—Sí, y esto.

(Se oye ruido de cazadores. Entran varios espíritus en forma de perros, y los persiguen, azuzados por Próspero y Ariel.)

PRÓSPERO.—¡Hala, hala, Titán!

ARIEL.—¡Plata! ¡Por ahí, Plata!

PRÓSPERO.—¡Furia, Furia! ¡Ahí, Sultán, ahí! ¡Hala, hala! (Calibán, Esteban y Trínculo salen perseguidos.) Haz que los duendes les muelan los huesos con fuertes convulsiones, contraigan sus músculos con lentos espasmos y, de tanto pellizcarles, los dejen con más manchas que un leopardo.

ARIEL.—Oye cómo aúllan.

PRÓSPERO.—Que los persigan sin tregua. En este momento todos mis enemigos están a mi merced. Pronto acabarán mis trabajos, y tú podrás gozar del aire en libertad. Entre tanto, ven y sírveme. (Salen.)

ACTO QUINTO

ESCENA I

En la isla.

(Entran Prospero, vestido de mago, y Ariel.)

PRÓSPERO.—Mi plan ya se acerca a su culminación. Mis hechizos no fallan, obedecen mis espíritus y el tiempo avanza derecho con su carga. ¿Qué hora es?

ARIEL.—Las seis; la hora, señor, en que dijiste que cesaría nuestra labor.

PRÓSPERO.—Eso dije cuando desaté la tempestad. Dime, espíritu, ¿cómo están el rey y su séquito?

ARIEL.—Agrupados del modo que ordenaras, tal como los dejaste; todos prisioneros en el bosque de tilos que resguarda tu celda. No pueden moverse mientras no los liberes. El rey, su hermano, el tuyo, los tres están trastornados, y los demás les lloran desbordantes de pena y desánimo, sobre todo el que llamabas «el buen anciano Gonzalo»: por su barba corren lágrimas cual lluvia sobre un techo de paja. Tan hechizados están que, si los vieras, te sentirías conmovido.

PRÓSPERO.—¿Eso crees, espíritu?

ARIEL.—Así me sentiría si fuese humano.

PRÓSPERO.—Y yo he de conmovirme. Si tú, que no eres más que aire, has sentido su dolor, yo, uno de su especie, que siento el sufrimiento tan fuerte como ellos, ¿no voy a conmovirme más que tú? Aunque sus agravios me hirieron en lo vivo, me enfrento a mi furia y me pongo del lado de la noble razón. La grandeza está en la virtud, no en la venganza. Si se han arrepentido, la senda de mi plan no ha de seguir con la ira. Libéralos, Ariel. Desharé el hechizo, les restituiré el sentido y volverán a ser ellos.

ARIEL.—Voy a traerlos, señor. (Sale.)

PRÓSPERO.—¡Elfos de los montes, arroyos, lagos y boscajes y los que en las playas perseguís sin huella al refluyente Neptuno y le huís cuando retorna! ¡Hadas que, a la

luna, en la hierba formáis círculos, tan agrios que la oveja no los come! ¡Genios, que gozáis haciendo brotar setas en la noche y os complace oír el toque de queda, con cuyo auxilio, aunque débiles seáis, he nublado el sol de mediodía, desatado fieros vientos y encendido feroz guerra entre el verde mar y la bóveda azul! Al retumbante trueno le he dado llama y con su propio rayo he partido el roble de Júpiter. He hecho estremecerse el firme promontorio y arrancado de raíz el pino y el cedro. Con mi poderoso arte las tumbas, despertando a sus durmientes, se abrieron y los arrojaron. Pero aquí abjuro de mi áspera magia y cuando haya, como ahora, invocado una música divina que, cumpliendo mi deseo, como un aire hechice sus sentidos, romperé mi vara, la hundiré a muchos pies bajo la tierra y allí donde jamás bajó la sonda yo ahogaré mi libro. (Música solemne.)

Entra Ariel. Le siguen Alonso, con gesto demente, acompañado de Gonzalo, Sebastián y Antonio, de igual modo, acompañados de Adrián y Francisco. Entran todos ellos en el círculo que ha trazado Próspero y en él quedan hechizados. Próspero lo observa y habla.

PRÓSPERO.—Que la música solemne, el mejor alivio para una mente alterada, te cure el cerebro que ahora, inútil, te hierve en el cráneo. Quedaos ahí: os retiene un sortilegio. Bondadoso Gonzalo, hombre digno, mis ojos, dolidos de ver los tuyos, comparten tu llanto. Ya el hechizo se deshace y, así como el alba se insinúa en la noche y desvanece la tiniebla, así, al despertar, los sentidos dispersan la ignorancia que nubla su razón. ¡Ah, buen Gonzalo, mi salvador y caballero fiel de tu señor! Te pagaré tu bondad con palabras y con hechos. Alonso, cruel trato nos diste a mi hija y a mí con tu hermano como cómplice. Sebastián, ahora padeces por ello. A ti, mi hermano, mi carne y mi sangre, que, ciego de ambición, desechaste compasión y sentimientos y con Sebastián (cuyo pesar es ahora tan fuerte) habrías matado al rey, yo te perdono, aunque seas inhumano. Su entendimiento ya empieza a crecer, y la inminente marea cubrirá la orilla de su juicio, ahora fangosa e inmundada. Todavía ninguno me ve ni me conoce. Ariel, tráeme el sombrero y la espada de mi celda. (Sale Ariel y vuelve de inmediato.) Me quitaré el manto y me mostraré como el Duque de Milán que fui. Pronto, espíritu, que enseguida serás libre. (Ariel canta y le ayuda a vestirse.)

ARIEL.—(Canción.)

Cual abeja libo yo.
Acostado en una flor
oigo del búho la voz,
y en murciélago veloz
vuelo buscando el calor.

Ahora yo, alegre, contento, a placer,
bajo el árbol en flor viviré.

PRÓSPERO.—¡Primoroso Ariel! Te echaré de menos, aunque te daré libertad. Muy bien, así. Ve, invisible como ahora, al navío del rey. Verás a los marineros dormidos bajo cubierta. En cuanto despierten el capitán y el contra maestre, tráelos aquí; y de prisa, te lo ruego.

ARIEL.—Me bebo el aire y retorno antes que el pulso te lata dos veces. (Sale.)

GONZALO.—Aquí habitan tormento, aflicción, asombro y espanto. ¡Que un poder divino nos saque de este terrible país!

PRÓSPERO.—Mirad, rey, a Próspero, el agraviado Duque de Milán. Para probar que es un príncipe vivo quien os habla, dejad que os abrace y dé mi bienvenida cordial a vos y a vuestro séquito.

ALONSO.—Si sois o no Próspero, o me engaña como antes algún efecto mágico, no sé. El pulso os late como a un hombre y, desde que os he visto, se ha curado el trastorno mental que me aquejaba. Si es real, encierra alguna historia prodigiosa. Os restituyo el ducado y os suplico que perdonéis mi ofensa. Mas, ¿cómo es que Próspero está vivo y vive aquí?

PRÓSPERO.—(A Gonzalo.) Primero, noble amigo, permitidme abrazar vuestra vejez, cuya honra es inmensa e infinita.

GONZALO.—Si esto es real o no lo es, no podría jurarlo.

PRÓSPERO.—Aún os queda el gusto a algunas exquisiteces de la isla, que os impiden creer en lo real. ¡Amigos, bienvenidos todos! (Aparte a Sebastián y Antonio.) En cuanto a vosotros, mi noble pareja, si quisiera, haría caer la ira del rey contra los dos al demostrar vuestra perfidia. Mas ahora no voy a acusaros.

SEBASTIÁN.—(Aparte.) El diablo habla por él.

PRÓSPERO.—(Aparte a Sebastián.) ¡No! (A Antonio.) A ti, ser perverso, a quien llamar hermano infectaría mi lengua, te perdono tu peor maldad, todas ellas, y te exijo mi ducado, que por fuerza habrás de devolverme.

ALONSO.—Si sois Próspero, contadnos cómo os salvasteis, cómo nos habéis hallado a los que hace tres horas naufragamos junto a estas riberas, donde yo he perdido (¡doloroso recuerdo!) a mi querido hijo Fernando.

PRÓSPERO.—Me apena oírlo, señor.

ALONSO.—La pérdida es irreparable, y la paciencia no puede remediarlo.

PRÓSPERO.—Sospecho que no habéis buscado su ayuda. De su dulce bondad yo he recibido auxilio supremo en semejante pérdida, y estoy consolado.

ALONSO.—¿Vos una pérdida semejante?

PRÓSPERO.—Tan grande y tan reciente. Y para soportar mi triste pérdida, mis medios son más débiles que vuestro posible consuelo, pues yo he perdido a mi hija.

ALONSO.—¿Una hija? Ojalá viviesen en Nápoles los dos como rey y reina. Si así fuese, contento yacería en el fondo cenagoso en que reposa mi hijo. ¿Cuándo perdisteis a vuestra hija?

PRÓSPERO.—En la reciente tempestad. Veo que a estos señores les asombra tanto nuestro encuentro que les sorbe la razón, y apenas creen la verdad de sus ojos o el sonido de las voces. Mas por muy turbados que tengan los sentidos, no dudéis que soy Próspero, aquel duque expulsado de Milán que, tras llegar de milagro a esta isla en que habéis naufragado, se convirtió en su señor. Pero ya basta, pues es relato para un día y otro día, y no para un desayuno, ni conviene a un primer encuentro. Señor, bienvenido. Esta celda es mi palacio. Sirvientes tengo pocos; súbditos, ninguno. Os lo ruego, mirad dentro. Pues me habéis devuelto mi ducado, yo os pagaré con algo igual de bueno, u os mostraré al menos un prodigio que, cual a mí el ducado, os regocije. (Próspero muestra a Fernando y Miranda jugando al ajedrez.)

MIRANDA.—Mi señor, me haces trampa.

FERNANDO.—No, mi amor, no lo haría ni por todo el oro del mundo.

MIRANDA.—Sí, y lo harías por ganar veinte reinos, mas yo lo llamaría juego limpio.

ALONSO.—Si esto es otra ilusión de la isla, a un hijo amado perderé dos veces.

SEBASTIÁN.—¡Excelso milagro!

FERNANDO.—Aunque los mares amenacen, son clementes. Los maldije sin motivo.

ALONSO.—¡Vayan contigo todas las bendiciones de un padre feliz! Levántate y dime cómo has llegado hasta aquí.

MIRANDA.—¡Oh, maravilla! ¡Cuántos seres admirables hay aquí! ¡Qué bella humanidad! ¡Ah, gran mundo nuevo que tiene tales gentes!

PRÓSPERO.—Es nuevo para ti.

ALONSO.—¿Quién es la muchacha con quien jugabas? Ni tres horas hará que la conoces. ¿Es la diosa que nos ha separado y ahora nos reúne?

FERNANDO.—Señor, es mortal, pero, por voluntad divina, es mía. La elegí cuando no podía pedirle consejo a mi padre, ni ya creía tenerlo. Es la hija de este príncipe, el Duque de Milán, de quien tanto sabía por su fama, mas nunca había visto, y que me ha dado una segunda vida. Ahora esta dama le convierte en mi segundo padre.

ALONSO.—Y a mí de ella. ¡Qué extraño ha de sonar que le pida perdón a mi hija!

PRÓSPERO.—Ya basta, señor. No carguemos ya más nuestro recuerdo con un dolor pasado.

GONZALO.—Yo he llorado por dentro, que, si no, habría hablado. Mirad, dioses, y coronad de dicha a esta pareja, pues vosotros trazasteis el camino que nos ha traído aquí.

ALONSO.—Así sea, Gonzalo.

GONZALO.—¿El duque fue expulsado de Milán para que sus descendientes reinasen en Nápoles? ¡Ah, alegraos sobremanera y con letras de oro inscribid esto en

columnas inmortales! «En un viaje, Claribel halló marido en Túnez y Fernando, su hermano, halló esposa donde estaba perdido; Próspero, su ducado en una pobre isla, y todos a nosotros mismos cuando nadie era dueño de sí».

ALONSO.—(A Fernando y Miranda.) Dadme las manos. ¡Que un dolor se apodere del alma que no os desee dicha!

GONZALO.—Así sea. (Entra Ariel, con el Capitán y el Contra maestre siguiéndole asombrados.) ¡Ah, mirad, señor, mirad! ¡Más de los nuestros! Profeticé que si en tierra había un patíbulo éste no se ahogaría. Tú, que blasfemando echabas por la borda la gracia divina, ¿no juras en tierra? ¿Estás mudo? ¿Traes noticias?

CONTRAMAESTRE.—La mejor es haber hallado a salvo al rey y a su séquito; después, que nuestra nave, que hace tres horas creíamos deshecha, está entera, a punto, y tan bien aparejada como cuando zarpamos.

ARIEL.—(Aparte a Próspero.) Señor, he hecho todo esto desde que te dejé.

PRÓSPERO.—(Aparte a Ariel.) ¡Mi vivo espíritu!

ALONSO.—Estos hechos no son naturales, y todo es cada vez más prodigioso. Dime, ¿cómo has venido?

CONTRAMAESTRE.—Señor, si creyera estar bien despierto, intentaría contarlo. Dormíamos como muertos y, no sé cómo, metidos bajo cubierta, donde ahora mismo nos despiertan extraños ruidos, gritos, alaridos, traqueteo de cadenas y gran variedad de ruidos, todos espantosos. Libres al momento y del todo indemnes, vemos que está intacto nuestro regio y hermoso navío, y el capitán salta de alegría. Y creedme, al instante, como en un sueño, nos separan de los otros y nos traen aquí aturcidos.

ARIEL.—(Aparte a Próspero.) ¿Lo hice bien?

PRÓSPERO.—(Aparte a Ariel.) De maravilla, diligente. Serás libre.

ALONSO.—¿Quién ha entrado en laberinto semejante? Todo esto lo ha guiado algo más que la naturaleza. Algún oráculo nos dará una recta explicación.

PRÓSPERO.—Majestad, no turbéis vuestro ánimo insistiendo en lo extraño de este asunto. Escogeremos el momento, que será pronto, y a solas os explicaré, con todo fundamento, cada uno de los sucesos acaecidos. Mientras, alegraos y pensad bien de todos ellos. (Aparte a Ariel.) Ven, espíritu. Libera a Calibán y sus compinches. Deshaz el hechizo. (Sale Ariel.) ¿Estáis bien, señor? Aún quedan de los vuestros algunos tipos raros que no recordáis.

(Entra Ariel, empujando a Calibán, Esteban y Trínculo, vestidos con las prendas robadas.)

ESTEBAN.—Cada cual por los demás y nadie a lo suyo, que todo es la suerte. ¡Coraggio, buen monstruo, coraggio!

TRÍNCULO.—Si mis faros no me engañan, lo que veo es estupendo.

CALIBÁN.—¡Ah, Setebos! ¡Qué hermosos espíritus! ¡Y cómo viste mi amo! Me temo que va a castigarme.

SEBASTIÁN.—¡Ja, ja! ¿Quiénes son éstos, Antonio? ¿Se compran con dinero?

ANTONIO.—Seguramente. Uno de ellos es bien raro y, sin duda, muy vendible.

PRÓSPERO.—Señores, ved la librea de estos hombres y decid si son honrados. Y este contrahecho tenía por madre a una bruja poderosa que dominaba la luna, causaba el flujo y el reflujo, y la excedía en poderío. Los tres me han robado, y este semidiablo, pues es bastardo, tramó con ellos quitarme la vida. A estos dos los conocéis, pues son vuestros; este ser de tiniebla es mío.

CALIBÁN.—Me pellizcarán hasta la muerte.

ALONSO.—¿Éste no es Esteban, el dispensero borracho?

SEBASTIÁN.—Borracho sí está. ¿De dónde sacó el vino?

ALONSO.—Y Trínculo está para dar vueltas. ¿Dónde habrán hallado el elixir que los transmuta? ¿Tú cómo te has metido en este enjuague?

TRÍNCULO.—Tanto me he enjuagado desde la última vez que os vi que me he empapado hasta los huesos. En esta sal muera estaré bien conservado.

SEBASTIÁN.—¿Cómo estás, Esteban?

ESTEBAN.—No me toquéis. No soy Esteban; soy un calambre.

PRÓSPERO.—¿Y tú querías ser el rey de la isla?

ESTEBAN.—Habría sido un dolor de rey.

ALONSO.—(Indicando a Calibán.) Es el ser más extraño que he visto.

PRÓSPERO.—Y tan deforme en su conducta como lo es en su figura. Tú, vete a mi celda y llévate a tus compinches. Si esperas mi perdón, déjala bien arreglada.

CALIBÁN.—Sí, lo haré. Y seré más sensato, y pediré clemencia. ¡Si fui tonto de remate al tomar a este borracho por un dios y adorar a este payaso!

PRÓSPERO.—¡Vamos, en marcha!

ALONSO.—¡Fuera, y dejad esos trapos donde los encontrasteis!

SEBASTIÁN.—O más bien robasteis. (Salen Calibán, Esteban y Trínculo.)

PRÓSPERO.—Señor, os invito a vos y a vuestro séquito a mi celda, donde descansaréis por esta noche, parte de la cual emplearé en contaros lo que creo que la hará pasar muy pronto: la historia de mi vida y los distintos sucesos que acaecieron desde que llegué a esta isla. Por la mañana os llevaré a vuestro navío, y después, a Nápoles, donde espero ver celebradas las bodas de nuestros amados hijos; de allí pienso retirarme a Milán, donde una de cada tres veces pensaré en mi tumba.

ALONSO.—Anhele oír vuestro relato; sin duda sonará asombroso.

PRÓSPERO.—Os lo contaré todo, y os prometo mar en calma, vientos propicios y tan pronta travesía que alcanzaremos a la escuadra real, ahora distante. Mi Ariel del alma, encárgate: Después, sé libre en el aire y adiós. Dignaos entrar. (Salen todos menos Próspero.)

EPÍLOGO

PRÓSPERO.—Ahora magia no me queda y sólo tengo mis fuerzas, que son pocas. Si os complace, retenedme aquí, o dejadme ir a Nápoles. Con todo, si ya el ducado recobro tras perdonar al traidor, no quede hechizado yo en la isla, y de este encanto libradme con vuestro aplauso. Vuestro aliento hinche mis velas o fracasará mi idea, que fue agradar. Sin dominio sobre espíritus o hechizos, me vencerá el desaliento si no me alivia algún rezo tan sentido que emocione al cielo y excuse errores. Igual que por pecar rogáis clemencia, libéreme también vuestra indulgencia. (Sale.)